

CAMINOS DEHONIANOS N° 1

**“CANTARE AL SEÑOR
ETERNAMENTE”**



**PADRE JUAN SMEETS
PIONERO DE LOS DEHONIANOS EN CHILE**

PROVINCIA CHILENA SCJ.

PRESENTACIÓN

Con ocasión de los 150 años del nacimiento del Padre Dehon, la Comisión de Espiritualidad, Justicia y Paz de la Provincia Chilena quiere iniciar, una serie de publicaciones ocasionales para activar, profundizar y renovar nuestra espiritualidad.

Hemos decidido denominar tal serie "CAMINOS DEHONIANOS", porque solamente caminando se avanza, se crece, se madura en la vida. Pero, para que sea un caminar correcto, es indispensable asegurarse de un buen punto de partida, reconociendo primeramente nuestras raíces. Por tal motivo, este primer número versa sobre los escritos del fundador de la Congregación en Chile, el Padre Juan Smeets. Los que hemos tenido el privilegio de conocerlo, sabemos que era un hombre profundamente religioso, de íntimo contacto con el Corazón de

Jesús mediante una oración constante y profunda, y de una férrea lealtad al Señor, a la iglesia y a la Congregación.

Deseamos de todo corazón que ésta y las siguientes publicaciones sean de gran provecho para la joven Provincia Chilena y al mismo tiempo de una verdadera utilidad para la Congregación.

COMISION DE ESPIRITUALIDAD, JUSTICIA Y PAZ
PROVINCIA CHILENA.

San Bernardo, julio de 1993.

PADRE JUAN SMEETS (1909-1976)

Johannes Godfried Josef María Smeets, nació el 20 de diciembre de 1909, en Swalmen, un pueblo de la provincia de Limburgo, en el Sur de Holanda. La familia como también el pueblo donde Juan se crió eran profundamente cristianos. Era el mayor de cinco hermanos. Su madre falleció cuando él era todavía muy joven.

Juan, en 1922, entró en el colegio Episcopal de Roermond para iniciar la Enseñanza Media, en el internado; luego pasó a hacer su servicio militar donde alcanzó el rango de sargento. No conocemos todas las circunstancias precisas, pero lo cierto es que Juan escuchó el llamado del Señor y decidió entrar a la Congregación. Tras un año de Noviciado, profesó en Asten, Holanda, el 8 de septiembre de 1932, a la edad de casi 23 años.

El 18 de julio de 1937 recibió el sacerdocio junto a otros 17 cohermanos, entre los cuales mencionamos a los padres Juan Hooft van Huysduynen, Enrique Geraerts, Patricio Roovers y Santiago Naber, cohermanos que han trabajado o están trabajando en Chile.

Fue nombrado para Argentina. Comenzó su trabajo pastoral en Ciudadela, un suburbio de Buenos Aires, donde permaneció solo un año. Después de una corta permanencia en Tafi Viejo fue nombrado párroco de la parroquia de Buruyacú con sede en La Ramada. Aquí trabajó durante los años 1940-1946. Fue en esta época cuando falleció su padre.

El 23 de abril fue nombrado Superior de la Región Argentina- Uruguay; comenzó su misión con un "plan de gobierno" muy inspirado en la espiritualidad del Fundador. Su lema como Superior era: "Fortiter et suaviter".

Durante su mandato, el Superior General en Roma recibió algunas solicitudes de fundación en Chile. El P. Juan apoyó estas iniciativas, pues por varias razones vio poco futuro para los padres holandeses de la Congregación en Argentina. El mismo preparó la nueva fundación. El 5 de febrero de 1950, la Congregación tomó posesión de la primera obra en Chile: la parroquia de Teno. Y ya el mes siguiente, el 15 de marzo, dos dehonianos asumieron la tarea de dirigir el colegio San Ramón en Santiago.

Terminó su período de Superior Regional cuando el 1° de julio de 1952 se dividió la Región Argentina-Uruguay-Chile en dos partes y se creó la Región Chilena.

Los siguientes años, de 1952-1958, fueron para el P. Juan años de muchos cambios; Rector del Colegio San Ramón, fundador del colegio Sagrado Corazón en San Bernardo, vicario de la parroquia de Fátima en San Bernardo, de nuevo vicario de la parroquia Santa Marta, parroquias que la Congregación había asumido mientras tanto.

El 1° de julio de 1958 fue nombrado Superior Regional. Una de las primeras cosas que le tocó hacer como Superior fue buscar un terreno para la fundación de un nuevo colegio en Santiago.

En 1960 se iniciaron las obras de Chépica y Auquinco y en 1963 se compró una nueva propiedad para el seminario en San Bernardo.

El 1° de julio de 1964 terminó su mandato y fue nombrado Ecónomo Regional.

Al mismo tiempo, fue nombrado Superior local de la Comunidad de los SCJ que atendían el colegio Sagrado Corazón en San Bernardo. Permaneció en esta comunidad hasta los primeros

meses del año 1973. Acepta el cargo pastoral de la parroquia de La Pintana, pero a comienzos de 1974 se cambió a la parroquia de la Inmaculada Concepción en Vitacura, parroquia que la Congregación había comenzado durante su primer mandato como Superior Regional.

Aquí se enfermó gravemente el 18 de diciembre de 1976 y falleció repentinamente al día siguiente.

Uno de los aspectos más fundamentales en su vida espiritual fue su sentido del Absoluto de Dios. Igualmente de su abandono en las manos del Padre, su espíritu de oblación, humildad y caridad. Hay una gran coherencia de todas estas virtudes en toda su vida.

Fue un verdadero sacerdote del Sagrado Corazón. Guardaba muchas cosas en su corazón, como se puede observar en la lectura de las siguientes páginas.

Que la lectura de la historia de su vida, escrita en estas páginas, nos pueda ayudar a conocerlo más y a agradecer junto con él al Señor en un cántico de alabanza. Por eso, hemos dado a estas páginas el nombre de "Cantaré al Señor eternamente".

CUADERNO CONFIDENCIAL DEL P. JUAN SMEETS SOBRE LA HISTORIA DE SU VIDA 1962

“CANTARÉ AL SEÑOR ETERNAMENTE”

(Traducción del holandés: p. Egidio Driedonkx scj)

PRIMERA PARTE:

MI EXPERIENCIA MISIONERA DESDE ARGENTINA A CHILE

Esta va ser la historia de mi vida, una vida que para muchos que me han conocido de cerca, especialmente para mis cohermanos, estuvo varias veces llena de sorpresas y todavía lo está. Esto es comprensible de su parte y perdonable. Sin embargo, estas páginas no están destinadas primordialmente a justificar mi conducta, sino como un canto, por imperfecto que sea, para cantar la bondad y la misericordia de Dios con respecto a mí. Esta es mi verdadera intención y espero, con la ayuda de la gracia de Dios, conservar esta intención. Pues, "Laetetur Dominus de operibus suis" y por eso, "Cantabo Domino, donec vivam; psallam Deo meo quamdiu ero" (1)

DESTINADO A ARGENTINA (1938)

En septiembre de 1937 empezamos el cuarto y último año de teología. Cuando en la primera mitad de 1938 debíamos hacer llegar por escrito al Padre Provincial nuestros deseos en relación con el futuro, le comuniqué que prefería ir a las misiones de Sumatra, pero que también me gustaba ir a Brasil.

(1) *Nota del traductor:*

Después, el P. Juan, en 17 páginas, describe algunos hechos de su juventud, de su vocación a la vida religiosa y sacerdotal, de los años en el Seminario. Como para nuestro objetivo: conocer mejor la historia de la Congregación, especialmente en Chile, a través de la vida del P. Juan, esos hechos no son tan necesarios, los dejamos para otra oportunidad

El 18 de julio, el día de la ordenación sacerdotal de los estudiantes del tercer año de teología, supimos por medio del Padre Provincial nuestro nuevo destino.

Con el Padre Hooft van Huysduynen y el Padre Geraerts fuimos nombrados para Argentina. El hecho de que seríamos los pioneros de una nueva fundación que la Congregación había iniciado desde algunos meses, nos entusiasmó. Comenzamos a hacer inmediatamente nuestros planes para prepararnos lo más pronto posible para esta hermosa misión.

El 30 de septiembre de 1938 nos embarcamos en Anvers en el barco "Mar del Plata", que por primera vez viajaba a Sudamérica.

Eran tiempos difíciles, porque en esos días la paz en Europa estaba en peligro. Sin embargo, gracias a la reunión de los líderes de cuatro países en Munich, ésta quedó preservada. Sabemos, no obstante, que no fue por mucho tiempo.

El "Mar del Plata" era principalmente un barco de carga, pero tenía una buena acomodación para pasajeros: un pequeño número de primera clase y 120 en clase turista. Entre estos últimos se encontraban 49 religiosos: sacerdotes, frailes y hermanos. De los 18 SCJ, doce eran destinados para Brasil y seis para Argentina.

Mientras tanto nuestro grupo había crecido de 3 a 6 personas, porque el Padre Heus y los Hermanos Adriano de Jonge y Carlos Christiaans fueron llamados a reforzar a los miembros del primer grupo.

Algunos Padres habían sido enviados para preparar esta fundación.

Mi padre, su hermano José y mi hermana menor me acompañaron al barco. La despedida no duró mucho y mi padre se mantuvo sereno... No sabía todavía que sería una despedida definitiva y que mi padre sería llamado a una vida mejor, cuando yo regresara por primera vez con vacaciones a Holanda.

El 25 de octubre el barco llegó al imponente puerto de Buenos Aires. El Padre Pedro Bartels nos estaba esperando. Me entregó una carta del Padre Juan Karskens, nuestro Superior, en la que me comunicaba que no viajaría con los otros a Tucumán, sino que me quedaría en Ciudadela, donde el Párroco Elizalde nos había dado la parte sur de su parroquia como campo de trabajo. Algunos días después los cohermanos se despidieron de mí en la "Estación Retiro" y partieron en el tren nocturno del ferrocarril a Tucumán.

EN CIUDADELA Y TUCUMAN (1938-1946).

Mi labor apostólica había comenzado.

No tiene mucho sentido detenerme sobre el primer año, lo que pasé con el Padre Bartels, como vicario cooperador en Ciudadela Sur, porque no tiene relación, al menos directamente, con el objetivo de mi relato.

El período más importante de mi vida comenzó más de un año después, cuando el Padre Karskens me nombró párroco de la Ramada, una extensa Parroquia de campo en la Provincia de Tucumán. El 15 de enero de 1940 viajé con el P. Adrián Commandeur en "El Tucumán" al Norte, nombre que se dio al tren, el primero con "aire acondicionado". Después de una asistencia de dos meses en Tafi-Viejo, fui instalado como párroco en la Ramada, el 17 de marzo de 1940, Domingo de Ramos y fiesta de San Patricio, patrono de la Ramada. Mis colaboradores fueron el P. Geraerts, el P. Lamberto Snijders y el Hermano Carlos.

Este período de mi labor pastoral, que duraría seis años, fue muy importante. Digo importante, no por los éxitos que se podían obtener, tampoco por la amplitud y la clase de trabajo en una parroquia de 70 por 90 Kms. donde reinaba una terrible ignorancia en el terreno de la fe y de la moral, sino por mi disposición frente a mi tarea. Quiero explicar esto un poco mejor.

El Padre Dehon, nuestro Fundador, ha dado a los miembros de su Congregación una espiritualidad propia. En el curso de los años había tratado de compenetrarme de esta actitud de vida, y por lo tanto fue lo característico de mi relación con Dios y de mi labor apostólica; en una palabra, el principio y el motor de toda mi actividad. Es "el espíritu de sacrificio", el "espíritu de

entrega", como dice el Padre Dehon, la aceptación generosa de todo lo que el Padre del cielo nos mande o permita que nos pase. Es el don total de sí mismo, no tomando en cuenta ya los deseos y anhelos propios: confiar en Dios, en la seguridad de que El quiere siempre lo mejor para mí y que no puedo hacer nada más perfecto que lo que El pide o desea. "Hago siempre lo que Le complace", dijo Jesús. En la práctica de la vida de cada día, esto se iguala a la realización seria y continua del lema: "Ecce Venio, ut faciam voluntatem tuam".

Cuando en la Ramada comencé mi nuevo trabajo, no me costó mucho hacer mis tareas diarias en esta disposición Pero comprendí que esto no bastaba: también era necesaria la reflexión, la comunicación, dar a Dios Su oportunidad de poder hacer Su obra en mí y por medio de mí. Así llegué a la idea de ir de nuevo a la Iglesia, cada mañana, después de la meditación, la Santa Misa y el rezo del breviario, para pasar 10 a 15 minutos en reflexión silenciosa. Era un prolongado "Veni Sante Spiritus", una oración de introducción a mi tarea cotidiana. En estos momentos me ponía completamente a la disposición de Dios, Le aseguraba querer hacer este día solamente su trabajo, en una palabra: responder lo más completamente posible a Sus planes respecto a mí y a la tarea a mí confiada. Y esto no solamente en cuanto a las líneas generales, sino también a las diferentes partes y en los detalles de mi labor diaria. Imploraba vehementemente al Espíritu Santo que me diera a conocer la voluntad de Dios y Le dirigía la oración muy conocida del Cardenal Mercier; "Te comunico un secreto para ser santo y feliz. .".

Así me he preparado a mi trabajo casi cada día, a veces más breve, a veces en forma más prolongada, según las circunstancias y las necesidades. Esta fue una verdadera costumbre, así que con el tiempo no me costaba conversar con Dios en la oración sobre mis quehaceres y mis proyectos.

Sobre estos seis años, que coincidieron con la segunda guerra mundial, se podrían escribir muchas páginas: sobre la buena colaboración de parte de mis cohermanos, sobre la amplitud de la tarea que esperaba al sacerdote todos los años en una extensa parroquia de más de 30.000 personas, dispersas en 50 pueblos y pueblecitos, sobre las desilusiones y los éxitos, normalmente modestos e inadvertidos por la gente. Pero esto nos llevaría demasiado lejos y está demás, porque, sobrepasa el objetivo de este relato.

NOMBRADO SUPERIOR REGIONAL (1946)

En junio de 1946 me llegó la noticia de mi nombramiento como Superior Regional de la Región Argentina-Uruguay. Después que el 1° de julio tuvo lugar en Buenos Aires mi instalación, regresé todavía algunos meses a la Ramada para cambiarme definitivamente en noviembre a nuestra parroquia de Santo Cristo en Buenos Aires.

Comencé un segundo período en mi currículo sudamericano. Sería un período muy movido, pero hermoso.

Con más conciencia que antes, me daba cuenta de mi incapacidad, de mi falta de experiencia para cumplir esta nueva tarea. Comprendí de nuevo la necesidad absoluta de tomar mi refugio en el Señor y de hacer con El un pacto. El sería el Superior que debería gobernar nuestra Región, yo sería solamente el instrumento que usaría para realizar sus planes en relación con nuestra obra.

Este pensamiento: ser instrumento, instrumento útil y servible, - consideraba un honor ser usado como tal,- fue el fundamento de mis actividades en este período de seis años.

Estaba convencido de que mi misión, al menos en las grandes líneas, realmente tendría éxito, ya que sería este instrumento dócil en las manos de Dios.

Esto significaba que ante todo me dedicaría no a trabajar según mis propios planes, sino según las intenciones de Dios. Para alcanzar esto es completamente necesario conocer los pensamientos de Dios. Así continuaba mi costumbre de la Ramada: conversar en contacto íntimo con el Señor, antes de comenzar el trabajo, los quehaceres del día, consultar los nuevos proyectos, en una palabra, pedir consejo sobre todo lo que tenía relación con mi misión de Superior. Me ponía en cada momento a la disposición de Dios y Le aseguraba

que era mi deseo más vehemente realizar Su obra en la Región. Especialmente rezaba con insistencia al Espíritu Santo para que me aclarara la voluntad de Dios, lo que deseaba de mí en algunos casos concretos.

Le gustaba al Señor escuchar mis deseos, y de una manera que nunca me habría atrevido a imaginar. Lo hizo por pura bondad, pues en mí no había nada que mereciera esta gracia, ni lo más mínimo: "Nadie puede llegar a Mí, si el Padre no lo llama". Dios comenzó lentamente a acercarme hacia El. Estos momentos de contacto silencioso con Dios comenzaron a ser más íntimos. Este perderse de sí mismo en Dios tuvo como consecuencia que paulatinamente se estableciera un contacto más fuerte, por lo cual comencé a **entender la voz de Dios y a comprender sus comunicaciones**. Es difícil describir en palabras este contacto recíproco. Creo que este estado de oración es la oración de tranquilidad o de descanso que describe Santa Teresa de Avila.

La primera condición es concentrarse en un silencio absoluto; en la Iglesia, en la capilla, en la habitación, dejar completamente la propia voluntad y manera de pensar, ofrecerse en humildad y gran confianza al Padre por medio de Cristo: "Todo lo que pidas al Padre en mi nombre, se te dará"; a fin de que el Espíritu Santo realice Su obra en el alma a través de Sus siete dones. Cuando uno se pierde en Dios, a la persona le importa solamente lo que Dios desea y lo que quiere comunicar al alma.

Una vez establecido el contacto y que Dios haya comenzado a manifestarse y a hacer conocer Su voluntad, el alma está completamente tranquila, toda intranquilidad fue expulsada, y está convencida de que tiene una experiencia sobrenatural que excluye todas las dudas sobre la verdad de esta manifestación y el temor de un engaño del diablo. Sabe ahora lo que es la voluntad de Dios respecto a los asuntos que se Le han propuesto o que la inspiración recibida realmente viene de Dios y entonces debe servir como línea de conducta.

Varias veces sucede que Dios me da a conocer también fuera de la oración, en medio de mis actividades, que me quiere comunicar algo. Me avisa de una manera difícil de expresar en palabras, y este aviso es tan insistente que no lo puedo rechazar.

Me gustaría compararlo con el sonido del teléfono: la campanilla sigue tocando hasta que alguien atiende la llamada y se realiza el contacto. Esto pasa a veces muy temprano, al levantarme; hay una clara señal de que debo cumplir este día un encargo especial y urgente. A veces en el día en medio de mi trabajo, según la necesidad de cada comunicación.

Me es imposible negar la señal, pues desde este momento Dios no me deja tranquilo. Normalmente me retiro en oración, me entrego completamente a El para escuchar Su voz. Cuando Su voluntad me es conocida, entra de nuevo esta tranquilidad que solamente Dios puede dar.

A veces también, pero son excepciones, cuando hay una gran urgencia, un gran apuro, la voluntad de Dios se me presenta con la mínima concentración, y puedo comenzar a actuar con una velocidad que me extraña a mí mismo. Pero también pasa que en estos casos en que Dios interviene en seguida estoy inseguro y dudo, porque no puedo concentrarme suficientemente o porque mi disposición no es tal, que pueda entender inmediatamente la voz de Dios. Cuando en esta inseguridad decido hacer algo que no concuerda con la intención de Dios, viene en seguida un aviso (la campanilla comienza a tocar tremendamente) y no queda otra cosa que concentrarse de nuevo y mejor. En este caso es necesario que me retire en silencio absoluto y espero un momento con paciencia hasta que la intranquilidad ha desaparecido. Actuar antes en estas circunstancias me es imposible. Un poder invisible me detiene, hasta físicamente, y estoy obligado a regresar cuando me he metido en la dirección equivocada (entenderlo al pie de la letra).

Esta intervención inesperada e inmediata tiene normalmente de mi parte como consecuencia una actitud que es sorprendente e incomprensible, y sucede en la menor ocasión. Estas son las sorpresas que observan los cohermanos y que los colocan frente a enigmas y que son realmente una prueba para su espíritu de fe y obediencia. No se me escapa naturalmente esta

reacción, pero como no puedo dar ninguna aclaración o explicación comprensible, solamente puedo refugiarme en el Señor e implorarle que ayude a mis cohermanos a comprender.

Esta experiencia sobrenatural la describo con estas palabras: Dios me da a conocer; me revela; me comunica; Su voz me dice; escucho Su voz, etc.

Está claro que en este momento no veo nada y tampoco escucho a alguien como si conversara conmigo; luego, en palabras comunes como las que nosotros los hombres usamos, me comunica algo.

Esta experiencia interna debe ser, como lo explican los teólogos, una consecuencia lógica del trabajo del Espíritu Santo, por medio de los siete dones, en el alma que se da en todo sin reserva a Dios y confía en Su conducción Paterna. Es mi experiencia personal que Dios supera la generosidad en esta entrega total. Dios da siempre más de lo que los hombres, que piensan siempre en cifras y en cuentas, pueden imaginar. Cuántas veces no me debía preguntar: ¿cómo puede Dios ser tan bueno conmigo?, o debía exclamar: qué delicada atención me ha dado el Señor! Qué bien ha entendido el Padre Dehon que la espiritualidad que ha querido entregar a sus hijos: la entrega constante y cariñosa a la Providencia de Dios con todas sus consecuencias, es el espíritu puro del Evangelio. El ser hijo de Dios de ninguna manera puede ser mejor vivido.

Me siento avergonzado al tener que reconocer que Dios me ha **dado la gracia de esta experiencia sobrenatural**. Las

14 he metido en la dirección equivocada (entenderlo al pie de la letra).

Esta intervención inesperada e inmediata tiene normalmente de mi parte como consecuencia una actitud que es sorprendente e incomprensible, y sucede en la menor ocasión. Estas son las sorpresas que observan los cohermanos y que los colocan frente a enigmas y que son realmente una prueba para su espíritu de fe y obediencia. No se me escapa naturalmente esta reacción, pero como no puedo dar ninguna aclaración o explicación comprensible, solamente puedo refugiarme en el Señor e implorarle que ayude a mis cohermanos a comprender.

Esta experiencia sobrenatural la describo con estas palabras: Dios me da a conocer; me revela; me comunica; Su voz me dice; escucho Su voz, etc.

Está claro que en este momento no veo nada y tampoco escucho a alguien como si conversara conmigo; luego, en palabras comunes como las que nosotros los hombres usamos, me comunica algo.

Esta experiencia interna debe ser, como lo explican los teólogos, una consecuencia lógica del trabajo del Espíritu Santo, por medio de los siete dones, en el alma que se da en todo sin reserva a Dios y confía en Su conducción Paterna. Es mi experiencia personal que Dios supera la generosidad en esta entrega total. Dios da siempre más de lo que los hombres, que piensan siempre en cifras y en cuentas, pueden imaginar. Cuántas veces no me debía preguntar: ¿cómo puede Dios ser tan bueno conmigo?, o debía exclamar: qué delicada atención me ha dado el Señor! Qué bien ha entendido el Padre Dehon que la espiritualidad que ha querido entregar a sus hijos: la entrega constante y cariñosa a la Providencia de Dios con todas sus consecuencias, es el espíritu puro del Evangelio. El ser hijo de Dios de ninguna manera puede ser mejor vivido.

Me siento avergonzado al tener que reconocer que Dios me ha dado la gracia de esta experiencia sobrenatural. Las experiencias que tuve son demasiado convincentes para negarlas. Digo "avergonzado", porque ¿qué habría sido de mí?, ¿quién era yo ahora y qué tenía yo para que el Señor hubiera decidido darme tales favores?

Por otro lado, estoy contento y muy agradecido del Señor por estos dones, pues no los he recibido para mí mismo, sino para la misión que me había dado. Dice Santa Teresa de Ávila que no es humildad negar estos dones (el estado de unión, etc.); por lo contrario, se debe agradecer al Señor y aceptarlos, para que también los otros puedan aprovecharlos.

A lo mejor es una de las razones más importantes de la generosidad de Dios respecto a mí, que previo que sería Superior Regional en un período que, para el futuro de nuestra obra en la

parte más sureña del continente Sudamericano, sería, si no decisivo, por lo menos de importancia más grande.

Por eso, quiero ahora mostrar cómo Dios me ha usado como instrumento, o cómo he actuado yo como ejecutor de Sus planes respecto a nuestra obra y a los cohermanos. Describo solamente los hechos más importantes.

MARZO DE 1950: ¿DEJAR ARGENTINA-URUGUAY Y CONCENTRARSE EN CHILE?

En marzo de 1950 regresé de una visita a nuestras casas en la Provincia de Tucumán. Apenas estaba en Buenos Aires cuando Dios me dio a conocer, de una manera que para mí no dejó ninguna duda, que la Provincia Holandesa debería retirarse de Argentina-Uruguay y concentrar sus fuerzas solamente en Chile. Esta posibilidad no la había pensando nunca. Al contrario, hasta 1949 no me había gustado comenzar en Chile. Sería una dispersión de fuerzas, justamente en un momento en que todavía teníamos una oportunidad en Argentina (en la Provincia de Buenos Aires).

Escribí inmediatamente una carta al Padre General, el muy reverendo P. Govaart.

Debo decir, que al ejecutar los encargos que el Señor me daba y que eran de alguna importancia, no me faltaban los motivos reales que podían hacer aceptables mis proposiciones. No dejé de agradecer bastante al Señor que no me pidiera comunicar a mi Superior Mayor, y de ninguna manera a mis cohermanos, la razón más profunda de mis decisiones. Habría significado una gran cruz que probablemente no habría podido soportar. ¿Qué habría sido de mi misión? Pues, ¿qué garantía habría podido dar a mi Superior y a mis cohermanos de que mi experiencia sobrenatural, según mi convicción, era verdadera y creíble?. Santa Teresa de Ávila dice, además, que alguien que recibe gracias extraordinarias, que son conocidas y percibidas, debe contar con que, de una u otra manera, soportará "persecuciones".

Explicué entonces en una larga carta a nuestro P. General los motivos de mi proposición: dejar Argentina y Uruguay para dar toda la atención a Chile, en vista de que en este país estaba el futuro de la Provincia Holandesa. No faltaron los motivos. Parecía imposible encontrar en Argentina y Uruguay campos aptos de trabajo para colocar a los Padres que en gran número habían llegado después de la guerra. Durante los años 1946-1949 se habían agregado 26 Padres y 2 Hermanos, al primer grupo de 13 Padres y 4 Hermanos, divididos sobre tres campos de trabajo en Argentina y dos en Uruguay (2)

Visto que era la expresa voluntad de nuestros Superiores Mayores fundar una escuela apostólica en Argentina, fueron hechas varias tentativas para realizar tal proyecto. Sin embargo, fracasaron. Una de las razones se debe ciertamente buscar en el hecho de que la Provincia Holandesa no tenía obras y tampoco alcanzó a recibirlas en las diócesis que son conocidas como tierras fértiles para vocaciones. ¿Por qué fracasaron las tentativas para entrar en estas diócesis? Hay varias razones. Pero, ¿no se debe buscar la causa principal en las dificultades que se presentaron en el comienzo de la fundación de nuestra obra? ¿Y no se podría sacar por eso la conclusión de que la posición de los Padres Holandeses desde el comienzo no fue favorable y por eso impidió un desarrollo normal?(3).

2 La carta a que se refiere el P. Juan se encuentra en el Archivo General en Roma. Tiene como fecha el 5 de abril de 1950. (Ver anexo I)

3 El P. Juan se refiere a las dificultades a raíz y en relación con el P.J. de Castro

No quiero abordar aquí las otras razones. En la correspondencia ordinaria con mis Superiores Mayores he dedicado varias líneas a este asunto.

Al Padre Govaart le gustó el proyecto de concentrarse en Chile, y le "tincaba", aunque al mismo tiempo estaba bien consciente de las dificultades que tenía. Pero tuvo el propósito de perseverar y propuso devolver primeramente al Obispado de Tucumán nuestras dos parroquias y después las otras dos obras (dos en Buenos Aires y una en Mendoza). Dos veces se dirigió a Mons. Barreré, el Obispo de Tucumán, con la solicitud de que retomara las dos parroquias y dejara a la Congregación la libertad de mandar a los Padres a otras partes. Monseñor entendió los problemas que se presentarían cuando debiera buscar otra Congregación para la difícil parroquia de la Ramada y dio dos veces una respuesta evasiva que prácticamente fue igual a una negativa. Las dos parroquias fueron desde 1941 confiadas "pleno jure" por la Santa Sede a la Congregación, así que no se podía dejar unilateralmente las obligaciones del contrato. Por eso, el Padre General decidió dejar este asunto por el momento. El tiempo y toda clase de circunstancias juegan en estas cosas casi siempre un papel decisivo. Así también aquí. Problemas y dificultades convencieron finalmente a nuestros Superiores Mayores de que la solución de ellas solamente podía encontrarse en la decisión tomada. Era del caso ahora realizarla cuanto antes.

Bermejo fue entregado al Obispo de Mendoza. La parroquia de Santo Cristo fue encargada a nuestros Padres Italianos, que por razones comprensibles, no tenían interés en nuestras otras obras.

La segunda residencia en la Capital: domicilio del Superior Regional y sede de la pastoral entre los católicos holandeses y flamencos, sería al mismo tiempo suprimida. Esto último no apuraba, pues la casa era propiedad de la Congregación y podía ser vendida sin dificultad.

En Tucumán, sin embargo, tuvimos obligaciones y compromisos. Tampoco el nuevo Obispo, Mons. Aramburu, estaba dispuesto a dejarnos ir. Finalmente, convencido de que luchábamos por una causa justa, Monseñor consintió. Esto sucedió durante la visita canónica del Padre Jansen, Superior Provincial de Holanda, a Argentina, Uruguay y Chile en 1955. Después de que el Padre Provincial hubo explicado de nuevo a Monseñor los motivos de nuestra decisión, concedió por escrito que la Congregación, luego de cinco años, podía dejar la diócesis.

Y en Uruguay, ¿pasaron las mismas dificultades? En este país los Obispos nos habían ofrecido en 1948 y 1949 tres parroquias de campo. Aún recuerdo cómo agradecemos al Señor el poder dar un lugar a cinco de este gran grupo de misioneros que fueron enviados después de la guerra. Sin embargo, el mensaje que había recibido de arriba valía también para Uruguay. También allí estaba el tiempo maduro para actuar. El P. Jansen tomó la iniciativa: suprimió el "Hogar Estudiantil" en Montevideo y devolvió las parroquias de Santa Clara, Cerro Chato y José Pedro Varela a los Obispos respectivos.

Quiero ahora cerrar el capítulo sobre nuestra salida de Argentina y Uruguay. En abril de 1960 terminó el acuerdo de cinco años con el Obispo de Tucumán, y los Padres Holandeses dejaron las parroquias de Tafi Viejo y la Ramada, donde habían realizado su labor desde 1938. Con esto se retiraron definitivamente de Argentina. Desde marzo de 1950, cuando se propuso dejar Argentina y Uruguay, habían pasado diez años. A varios cohermanos, especialmente a los que habían dedicado sus mejores años a la pastoral en ambos países, les ha comprensiblemente costado mucho despedirse definitivamente del país y del pueblo que habían comenzado a querer. Y no pecho contra la verdad al decir que, cuando pienso de nuevo en mi período argentino, que estos 14 años, en especial la primera parte, La Ramada, pueden ser contados entre los más lindos de mi vida apostólica. Argentina, sin embargo, no fue tierra prometida, como todos lo pensamos al inicio. Fue solamente el "desierto árabe" por el cual el Señor nos conducía a la verdadera "tierra prometida": CHILE. Esta comparación no quiere expresar nada desagradable u ofensivo para Argentina, el país de "nuestro primer amor", cuya tierra, especialmente en el soleado Tucumán, también fue fecundada por muchos sudores de nuestros misioneros errantes durante 22 años. Solamente quiero decir que Dios quería hacer fructificar la labor de los miembros de la Provincia Holandesa solamente en Chile, así que podía echar aquí sus raíces,

crecer como un pequeño árbol y finalmente extender sus ramas por todas partes como un árbol robusto. El despliegue tuvo lugar por orden del Jardinero, que hizo ejecutar Sus planes con mucho tino y paciencia y de los cuales no se dejó apartar por nadie o nada. La primera fase ha terminado, la segunda ha comenzado. El arbolito crece, a veces sacudido por el viento y la tempestad, pero el Jardinero vigilante lo apoya, con el fin de que no se quiebre y que, seco como la hierba, se desvanezca.

Señor sigue regando con tus cuidados el arbolito. ¡Necesita todavía tanto tu ayuda!

En Uruguay quedó la Congregación, la Provincia Holanda, solamente en la parroquia el "El Salvador" de Montevideo. Allí no parece haber llegado todavía el momento para entregar esa obra. También aquí el tiempo y las circunstancias serán factores importantes en la realización de los planes de Dios.

SEGUNDA PARTE

EL INICIO EN CHILE Y LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO SAGRADO CORAZÓN

(Páginas 46 - 82 del cuaderno del Padre J. Smeets)

PRIMEROS COMIENZOS EN CHILE

A fines de 1948, durante su visita canónica a Argentina y Uruguay el M.R. Padre Govaart visitó también Chile, donde permaneció 15 días.

Recuerdo todavía bien esta larga recreación nocturna en Santo Cristo, cuando el P. Govaart, después de su regreso, nos contó con entusiasmo sobre sus experiencias. Dos cosas le había impresionado profundamente: la sencillez y la amabilidad de su Eminencia Mons. José María Caro, Cardenal Arzobispo de Santiago, y el entusiasmo con que los chilenos celebran el "Mes de María".

En Talca el P. Govaart tuvo una conversación con Mons. Manuel Larraín, a quien le gustaba que nuestra Congregación fuera a su diócesis. Aquí nombramos por primera vez al Obispo de Talca, que significará permanentemente para nosotros el amigo de la primera hora, unido inseparablemente a la fundación de la Congregación en Chile, el consejero para las nuevas obras, el apóstol con un gran corazón y comprensión de las necesidades de su tiempo, que trataba de animar continuamente a sus sacerdotes con su celo apostólico a través de innumerables líneas directrices y la búsqueda de nuevos caminos.

El primer contacto con Mons. Larraín fue un contacto fecundo. Mons. ofreció a la Congregación la parroquia de Teno que aceptaríamos en 1949. Diversas circunstancias, sin embargo, fueron la causa de que la entrega fuera postergada hasta febrero de 1950, cuando los primeros padres partieron de Buenos Aires a Chile y se realizó la primera fundación de la Congregación: Teno.

Poco después, todavía en el mismo mes, fue aceptada una segunda obra. Mons. Larraín, a quien el Padre Govaart había manifestado su deseo de comenzar un colegio en la capital, se encontró con el párroco de la parroquia "San Ramón". Mons. Habló con el párroco. Don José Luís Castro, sobre nuestra Congregación. Comenzaron las conversaciones y luego se llegó a un acuerdo. A mediados de febrero uno de nuestros cohermanos viajó de Montevideo a Santiago para encargarse de la dirección del "Colegio San Ramón". Fue seguido por un segundo cohermano.

En marzo le comuniqué al Padre General la proposición de suprimir nuestras obras en Argentina y Uruguay. Desde este momento vi en Chile una posibilidad para reanimar nuestro trabajo, que hasta ahora había tenido poca o ninguna perspectiva.

Mi primer contacto con Chile fue en mayo de 1948, cuando hice una corta visita a Victoria donde el Padre J. Karskens momentáneamente estaba encargado del rectorado de las Hermanas de la Santa Cruz", o "Menzingen-Schwestern". El Obispo de Temuco, Mons. Alejandro Menchaca, ya nos ofreció en ese momento algunas parroquias en su diócesis. Mi viaje a Chile estaba relacionado con esta oferta. Pero después fue claro que una posible fundación en Chile no debía tener su comienzo en el Sur del país.

En 1949, durante los meses de marzo y diciembre hice un nuevo viaje a Chile a petición del Padre Govaart en relación con las nuevas obras en Talca y Santiago. Durante la segunda permanencia se arregló definitivamente la entrega de Teno.

En cuanto al "Colegio San Ramón", el párroco propuso ir juntos al Arzobispado para proponer los planes o nuestros proyectos al Sr. Cardenal. Su Eminencia no solamente dio su bendición a la fundación, sino que llegó con otra proposición. Al noreste de la extensa parroquia "San Ramón", se encontraba un nuevo sector llamado "Vitacura". En la ribera del Río Mapocho vivían más o menos unas 4.000 personas en chozas de tablas, planchas de zinc y cartón, los llamados "areneros". Por los dos lados de la calle Vitacura vivía poca gente, había varias casas, pero los terrenos abandonados serían luego parcelados y edificados.

Su Eminencia preguntó si el nuevo sector que, con el tiempo seguramente sería parroquia, podría ser atendido por los sacerdotes del colegio. Luego se llegó a una proposición formal.

Una vez que los Padres estuvieran instalados en el colegio, uno de ellos fue designado para atender espiritualmente aquí a la gente los días domingos y festivos, y, más tarde, también durante la semana.

¿Tenía la Congregación que formalizar ahora ya la proposición del Cardenal y del Párroco y prometer aceptar la futura parroquia?

Cada uno de los que conocía la situación dio inmediatamente una respuesta positiva. También cohermanos que estaban en este momento en Chile y los que llegaron durante el año siguiente pensaban lo mismo. Estaba claro que Vitacura sería una buena parroquia, ubicada como estaba en el "barrio alto" y cerca del colegio.

Sería imperdonable dejar pasar la oportunidad. ¡No existía ninguna duda! ¡Solamente yo no estaba seguro! Cada vez que pedía consejo al Señor, me daba a conocer: no aceptes la parroquia. Solamente el simple hecho de que anduviera con un cohermano por este sector o hiciera trámites para una entrega definitiva, era suficiente para un nuevo aviso de Arriba.

Todavía hoy, después de 12 años, estoy convencido de que la parroquia "Inmaculada Concepción" de Vitacura no es una parroquia SCJ. ¡No es destinada para nosotros! A pesar de esto he cooperado, aunque sabía que no era lo mejor. ¿Cómo se puede explicar esto?

Debo haber fallado en una u otra forma; probablemente desde el primer comienzo, cuando todos todavía no estaban enterados de la oferta. En ese momento tendría que haber dado inmediatamente una decidida respuesta negativa y con esto el asunto a lo mejor habría terminado. A lo mejor también no, visto que el párroco que tenía sus motivos para ceder esta parte de su parroquia probablemente habría seguido insistiendo.

Después que la primera oportunidad de rechazar la oferta había pasado, fue siempre más difícil e imposible hacerlo. Todos los cohermanos pensaban lo mismo. Cuando informé al Padre Govaart sobre esta solicitud, (no fue muy inteligente de mi parte; mejor no lo hubiera hecho) contestó que no debíamos dudar ningún momento de las parroquias (ésta y Santa Marta).

La parroquia fue erigida; se construyó una linda iglesia con una escuela. Nombré al constructor y todo fue confiado "pleno jure" a la Congregación. Pero repito: no es una parroquia para los Sacerdotes del Sagrado Corazón. ¡Cuántas veces he debido comprobar que verdaderamente he fallado en la respuesta a la voluntad de Dios en cuanto a nuestra obra!. Por mi parte, nada mejor que expresar un sincero "mea culpa" y espero que este asunto todavía se arregle de una vez. Y por eso ruego al buen Dios que nuestra permanencia en Vitacura no tenga consecuencias negativas o fatales para la Iglesia y la Congregación. Perdimos aquí a un sacerdote...

El lado peligroso para alguien que ha recibido gracias excepcionales es que el resistir a ellas de una u otra manera tiene consecuencias que se pagan después, aunque sea solamente a través de un cierto remordimiento de conciencia que se llevaría consigo toda la vida.

Es a lo mejor también un hecho que a causa de varias circunstancias, justamente he debido elegir este lugar como una de mis residencias durante mi segundo período de Superior Regional.

A pesar de todo, no fue una razón para que el buen Dios me negara sus dones. Permanece en usarme como su instrumento.

Algunos meses más tarde su Eminencia el Cardenal nos ofreció un nuevo campo de trabajo, ubicado en el sector oriente de la Comuna de Nuñoa, la futura parroquia "Santa Marta". En junio vine con uno de los consejeros a Chile para ver esta obra. Esta vez no llegó protesta de Arriba, al contrario. Escuché inmediatamente que esta oferta debía ser aceptada con ambas manos.

Para la Semana Santa de 1951 me vine por algunas semanas a Chile. El Rector de nuestra Comunidad de San Ramón, con otro padre y un hermano que a fines de 1950 fueron trasladados de Argentina y Uruguay a Chile, se habían encargado del sector de Vitacura. Trabajó aquí excelentemente. Había formado una comisión de señoras y caballeros en vista de la construcción de la futura iglesia parroquial y había transformado un local donde estaba la gruta de Lourdes en un modesto pero amplio oratorio, donde se celebraba la Santa Misa. Los días domingos celebraba hasta dos Misas y una tercera abajo en la ribera del río, entre los "areneros".

Había movimiento y progreso, pero... el Señor no estaba completamente contento con la marcha de las cosas. Me dio a entender que el padre estaba destinado para otro trabajo y debía ser sacado de Vitacura.

¿A cuál obra se refería el Señor?

Me costó ir otra vez al Cardenal, sobre todo en vista que hacía poco nos había ofrecido fundar una parroquia en las Barrancas de San Antonio, en la costa, una obra que no podíamos y no debíamos aceptar. Dije a Su Eminencia que disponía de un padre y de un hermano para una nueva obra. Mons. Caro se sonrió contento y anotó la solicitud en un libro, agregando que me contestaría pronto.

Al día siguiente, cuando fui llamado al Arzobispado, el Cardenal nos ofreció la parroquia de Nuestra Señora de Fátima en San Bernardo.

El Espíritu de Dios me movió, me empujó, sin esperar, en la dirección de San Bernardo. La expresión es bastante fuerte, pero expresa mejor la insistencia irresistible de moverme inmediatamente a ese lugar.

Llegué en micro y pregunté dónde quedaba la parroquia de Nuestra Señora de Fátima. Estuve poco tiempo en la casa parroquial, donde encontré al párroco enfermo en cama. Visité la iglesia, todavía no terminada, y volví a Santiago con la consigna: "aceptarla ciega e inmediatamente".

Pasaron algunas dificultades para realizar este encargo, pero desaparecieron como la nieve con el sol. Fue la "prudencia humana" que se preguntó si sería justificado aceptar esta obra.

A fines de agosto, el Padre Rector de San Ramón fue instalado como párroco de Fátima. "¡Hic est digitus Dei!". Esto sería más claro después. La Providencia había reservado a la Congregación un lindo y extenso apostolado en San Bernardo. El mismo párroco de Fátima sería un instrumento importante en las manos de Dios para realizar estos planes. :

ERECCIÓN DE LA REGIÓN CHILENA

En mayo de 1952 nos llegó la noticia de que la Región Argentina-Uruguay-Chile desde el 1° de julio sería una Región doble: La Región Argentina-Uruguay y la Región Chile. Yo iba a pertenecer a la última.

Se me había solicitado encargarme de la dirección del colegio "San Ramón" en Santiago, al inicio del nuevo año escolar en el mes de mayo, porque el director se había ido a Holanda para las vacaciones.

Sin embargo, me esperaba mucho trabajo en Buenos Aires; tenía que arreglar varios asuntos en relación con el término de mi segundo trienio el 1° de julio, y debía suplir momentáneamente al capellán de la colonia holandesa y flamenca en la capital argentina, porque también había ido a la patria para tomar sus vacaciones. Así pues, me encontraba en Buenos Aires, cuando llegó la noticia de la división de la Región.

El nuevo Superior nombrado para Chile, el Padre Cornelio Selders, le gustó que al finalizar mi función me fuera a Chile, para tomar el cargo de director del colegio. Estaba en su derecho.

Sin embargo, la voz interior me habló de nuevo y me hizo saber que esta misión no estaba destinada para mí y que debía quedarme por el momento en Buenos Aires; ¿Qué hacer? Todavía no era el 1° de julio. No había todavía entonces recibido ningún mandato del futuro Superior Regional de ir a Chile.

Sabía que para el nuevo Superior de Argentina-Uruguay, el Padre Steylen, sería una solución, que yo seguiría atendiendo la capellanía de la colonia hasta el mes de noviembre. El P. Steylen comenzó a moverse y escribió al Padre General y al Padre Provincial, quienes, sin embargo, dejaron la decisión definitiva al Superior Regional de Chile. Pero éste creyó que sería mejor que me agregara inmediatamente a los otros cohermanos de la nueva Región-

A fines de julio llegué a Chile y algunos días después fui saludado y recibido como el nuevo director. Me ha costado aceptar esta función. En estas circunstancias debo vencer una cierta

mala gana, que, según yo, no proviene de una falta a la obediencia, al mandato de mis Superiores, sino de un conflicto interno, en que mi fidelidad a la voz del Superior es mayor, con la ayuda de Dios, que de mi fidelidad a la voz del Omnipotente.

A fines del mismo año estuvo claro para mí, y luego también para los otros, que me esperaba otra tarea.

EL INSTITUTO "SAGRADO CORAZÓN" EN SAN BERNARDO

Nuestra situación en el Colegio "San Ramón", por ciertas circunstancias, era incierta. También en relación con la posibilidad de que el contrato entre la Congregación y la Parroquia no sería renovado, el P. Selders me escribió el 16 de mayo de 1952, que en San Bernardo se presentaba una excelente oportunidad para comenzar un colegio. Varios habitantes le habían hecho la pregunta: Ahora, que su Congregación ha aceptado una parroquia en San Bernardo, ¿por qué no abre también un colegio?".

Vio grandes ventajas en un establecimiento educacional, tanto para la juventud creciente de la ciudad, como para el desarrollo de nuestra obra.

Al principio, di poca importancia a esta indicación. Pero algunos meses después cuando el P. Selders era Superior Regional y trató más explícitamente este asunto en las reuniones del Consejo, preguntó la opinión de los consejeros.

¡Era un asunto importante! No era poca cosa retirarse de un colegio donde nuestros padres se sentían muy bien, para comenzar de nuevo en otras partes. Se podía esperar que esto no sucedería sin dificultades.

Como siempre pedí luz y claridad al Señor y también esta vez le agradó al Señor darme una respuesta clara. Realmente estaba en los planes de la Providencia que la Congregación abriera una escuela primaria y secundaria en San Bernardo y que pidiera al párroco de "San Ramón" entregar la administración del colegio a otros.

Desde ese momento he apoyado positivamente al P. Selders en la realización de estos planes.

Era notorio que en San Bernardo, una ciudad de unos 40.000 habitantes, no existía ninguna escuela secundaria católica para niños hombres, mientras el colegio para niñas de las Religiosas de la "Inmaculada Concepción" ya existía hacía 50 años.

Algunos intentos, hechos por el párroco del lugar y una Congregación educacional de Hermanos, habían fracasado. Sería ahora nuestra Congregación la que también en el terreno educacional, tenía que cumplir una misión. Pero antes, deberían ser vencidas muchas dificultades y obstáculos, así que también aquí se comprobó que sobre la base de cada fundación que tiene la bendición de Dios, se encuentra la cruz. Las dificultades no provinieron de los que debían aprobar los planes. Nuestros Superiores Mayores encontraron nuestros proyectos bien motivados y estaban de acuerdo.

El párroco de San Ramón se opuso menos de lo pensado, y cuando el Arzobispado aprobó nuestros planes de comenzar un colegio en San Bernardo, no puso dificultades. Después de algunas conversaciones fue determinado, con acuerdo de las dos partes, que el contrato entre la parroquia y la Congregación sería terminado un año antes de lo establecido, que los padres tendrían que quedarse todavía el año 1953 y que el 1° de enero podrían retirarse.

El P. Superior me encargó preparar la nueva fundación, por lo que mi función de director de "San Ramón" terminó después de 6 meses. En febrero de 1953 me fui a San Bernardo, donde me instalé en la casa parroquial de Fátima. El P. Superior se preparó para ir a Holanda a tomar sus vacaciones.

Antes de comenzar su viaje, el P. Superior había podido todavía tomar contacto con los propietarios de algunas casas que parecían aptas para nuestro fin. La más propicia era una casa quinta, ubicada en la calle Arturo Prat, con un terreno de 12.000 metros cuadrados, con un hermoso jardín y una gran variedad de árboles. La casa, que entre otras cosas, tenía una gran ala con galería de 50 metros de largo, estaba bien mantenida y bastante amplia para albergara una

comunidad y 8 cursos. ¡Realmente una oportunidad ideal! Una segunda casa, que estaba ubicada al frente... era mucho más pequeña, y tenía solamente un terreno de 3.000 metros cuadrados.

Todavía una tercera propiedad, ubicada en la Avenida Portales fue visitada. Era de un piso, con varias habitaciones y bastante grande; pero, ubicada al lado de un camino con mucho tránsito, no era tan apropiada.

Cuando en septiembre de 1952 el consejo visitó estas casas, se decidió hacer todo lo posible para comprar la primera propiedad, que pertenecía a la familia Atienza, en vista de que correspondía excelentemente a las exigencias de un establecimiento escolar.

Yo estaba completamente de acuerdo con esta decisión, pues, apenas habíamos entrado en la propiedad y visitado los edificios, escuché de nuevo esa voz misteriosa que me aseguró que este era el lugar para el futuro colegio.

El propietario pidió 5 millones de pesos (según el cambio de aquel tiempo significaban 45.000 dólares) de los cuales 2.000 debían ser pagados al contado en abril y el resto en cuotas dentro de un año. El precio de las otras casas y terrenos era mucho más barato. (En abril de 19531 dólar = 110 pesos).

Cuando fui nombrado para este trabajo, mi primera preocupación fue juntar los primeros dos millones de pesos. El Padre General intentó pedir prestada esta suma a un obispado en Chile, pero sin éxito. La posibilidad de que la Provincia Holandesa nos pudiera ayudar con un préstamo o una donación no existía todavía. Y porque nuestra Región que recién existía no tenía mucho capital y me fue imposible completar los fondos de que ella disponía con donaciones en este corto tiempo de dos meses, me vi obligado a tomar uno o varios préstamos.

¿Quién, sin embargo, estaría dispuesta prestar una suma tan grande a una Congregación que era apenas conocida en este país y que tenía solamente dos casas? También estos intentos fracasaron. La posibilidad de comprar la primera casa se esfumó, pues el plazo determinado venció el 15 de abril y los propietarios no estaban dispuestos a dar mejores condiciones.

Por eso, dejé momentáneamente de lado este asunto de la casa y comencé una campaña de juntar donaciones. Casi cada semana visitaba a nuestros padres en el colegio "San Ramón"; era "ordinario" que las religiosas dieran clases a los primeros años de la preparatoria y aprovechaba la oportunidad de visitar a la comunidad.

Luego me di cuenta de que la decisión de dejar "San Ramón" significaba para ellos un gran sacrificio. Algunos hablaban conmigo sobre esto abiertamente y consideraban que era su deber solicitar al Consejo Regional revisar la decisión tomada.

Esta reacción era comprensible. Gracias a la labor excelente de los cohermanos el nuevo colegio se había conquistado un modesto, pero honorable lugar entre los colegios existentes de la ciudad y era conocido como un establecimiento educacional respetable. Además estaba ubicado en Santiago en el conocido sector "Providencia", donde los padres también, fueran de los muros del colegio, por su labor pastoral, tenían buenos contactos que podían ser útiles a la Congregación.

A pesar de todo hice todo lo posible para convencer a los cohermanos de que los motivos de nuestra salida de "San Ramón" fueron bien pensados, indispensables para el bien común de nuestra Región y que la posibilidad de fundar después un colegio en otra parte de Santiago siempre estaba abierta. Más tarde los cohermanos lo han entendido y han dado su apoyo unánime a la fundación del colegio en San Bernardo.

En julio, el "Centro de Padres" del colegio hizo una reunión que tenía como fin deshacer la decisión tomada. Como Superior suplente fui invitado. El presidente dio una extensa explicación a los padres de familia, que habían llegado en gran número, de las razones por las que tenían que quedarse los padres. Fue apoyado largamente por los presentes, de los cuales uno pidió un aplauso por la labor meritoria de los Padres, que también asistieron a la reunión. Sus últimas palabras fueron dirigidas a mí, pues pidió ahora "las palabras de la autoridad, las palabras del P. Juan".

¡Qué problema! Estaba en medio de un gran grupo de personas que usaban su derecho de defender la educación de sus hijos y tenían el ardiente deseo de que la decisión fatal para ellos fuera revocada. Sabía que luchaban por una causa perdida, pero comprendí su preocupación e inseguridad por los cambios que estaban por hacerse en el colegio.

¡Fue para ellos realmente una causa perdida! De mi parte no daría ningún paso para revocar la decisión tomada y no por falta de comprensión por el problema de los padres y de las madres. De éste realmente me daba cuenta y preveía que estarían desilusionados, no podía quedarme insensible ante esto, pero no podía oponerme a los proyectos de Dios, que fueron claros para mí y de los que nunca he podido dudar.

¡Teníamos que cumplir una misión en San Bernardo, también en el terreno educacional!

Pasó el tiempo. La campaña de juntar fondos no era insatisfactoria; no eran grandes cantidades, grandes donaciones, pero la suma crecía.

He vivido ese año 1953 una vida interior, a lo mejor, nunca más grande antes o después. La necesidad me obliga a ir constantemente a Dios. El papel no se presta para esta intimidad, que pertenece solamente al dominio de Dios y del alma. Me sentía varias veces impotente y solo, privado del apoyo humano, pero sabía que esto era bueno y necesario para mí, y a veces tenía el coraje de agradecer al Señor por esto.

Cuando semanalmente visité a los cohermanos del colegio "San Ramón", cada vez me preguntaban con las mejores intenciones y por puro interés cómo andaban las cosas: cómo estaba la situación de la casa, cuáles eran las perspectivas para una rápida compra, cuántos alumnos ya se habían presentado etc. A todas estas preguntas tenía que dar cada vez más una respuesta insuficiente o evasiva, lo que varias veces daba la impresión de que las cosas andaban mal.

En cuanto a la casa, estaba seguro, absolutamente seguro de que la casa de la familia Atienza alguna vez sería nuestra. ¡Cuándo y cómo, no lo sabía! Cuando andaba en bicicleta desde la parroquia de Fátima al centro y pasaba por las cercanías de la propiedad de la familia Atienza, una fuerza interior me empujaba en la dirección de la casa y me hacía circular alrededor de toda la quinta. No podía resistir a este deseo cuyo origen no conocía. Cada vez el Señor me daba a entender: aquí viene el colegio, cuenta con esto. Así no me abandonaba y me consolaba de vez en cuando, solamente como El solo puede hacerlo en medio de las preocupaciones y dificultades. Este consuelo significaba para mí: ¡seguridad!

Cuando estos acontecimientos están de nuevo en mi mente, comprendo de nuevo que todo lo que aquí escribo debe ser un canto de alabanza para recordar los beneficios y la bondad de Dios respecto a mí y mi tarea encargada. "Effundit cor meum verbum bonum: dico ego carmen meum Regi".

En estos meses de preparación, mejor dicho, de esperar y aguardar, no pude hacer trámites para buscar otra casa, mientras la posibilidad de comprar la casa de la familia Atienza, según cálculos humanos, estaba vencida.

Los cohermanos lo sabían y por eso entendieron poco o nada de mi conducta. Y en cuanto a los alumnos: a pesar de la propaganda, esporádicamente uno u otro padre o madre venía para matricular a su hijo para el futuro colegio.

Con anhelo preveía el día en que las conversaciones con la familia Atienza podían ser renovadas, pues sería el primer paso para llegar a un acuerdo.

Se comprende que nuestro Superior Regional en Holanda también estuviera preocupado del asunto: un local apto para el colegio. Se preguntó si no sería más inteligente y más seguro comprar o arrendar una de las otras casas, en vista de que la familia Atienza no quería saber nada ni de vender ni de arrendar la casa.

Serías un desastre que, después de haberse esforzado y luchado tanto por un colegio en San Bernardo, hubiéramos tenido que comenzar la preparación inmediata al año escolar sin tener un edificio!.

Finalmente tranquilicé al P. Superior y a los cohermanos.

Seguiría otra táctica. A fines del año escolar, en noviembre, daría a la familia Atienza otra propuesta y les daría una última oportunidad de vendernos su propiedad, naturalmente con mejores condiciones de pago. Si no aceptaban nuestra propuesta, estaríamos obligados a comprar otra casa y ellos perderían su oportunidad para siempre. Sabíamos que les gustaba vender su propiedad, pero a un comprador con capital.

Pero por el momento las conversaciones no podían ser renovadas. El fin del año escolar no había llegado todavía y la posibilidad de juntar en Chile el capital necesario (5 millones de pesos) era sin perspectivas. La suma podía venir solamente del extranjero y así se pensó en la posibilidad de mandar a un padre a los Estados Unidos. Pero esto no era fácil, pues no se trataba de pedir ayuda económica para una escuela apostólica, para lo cual se daba más fácilmente permiso, sino para una escuela secundaria, para niños y jóvenes de una localidad donde trabajaba la Congregación.

El P. Superior habló sobre esta posibilidad en Holanda con el P. Provincial. Comenzó a ser claro que, en caso de que se diera el permiso, no podría ser mandado un Padre a los Estados Unidos antes del fin del mes de diciembre, al terminar el año escolar. Un acuerdo con la familia Atienza tendría entonces solamente éxito a base de grandes facilidades.

Mientras tanto tenía que animarme a mí mismo constantemente, o mejor dicho, renovar mi confianza en el poder y la sabiduría de Dios y repetir cada vez "OMNIA POSSUM IN EO QUE ME CONFORTAT."

Cuando en Santiago visitaba algunas direcciones y caminaba por las calles, el fantasma del fracaso me venía en la mente. Era la hora de la prueba y de la tentación. Dios probaba mi confianza, y al mismo tiempo tenía que luchar contra el desaliento y reprimir un sentimiento de rebelión frente a Dios que nos purifica en el crisol.

¿Cuánto tiempo pasará todavía, Señor, antes de alcanzar la cumbre del Monte Calvario? Todos los días encontraba de nuevo fuerza y coraje en la oración y se me daba la SEGURIDAD de que todo se arreglaría. El Señor haría flexible la voluntad de sus criaturas a sus proyectos. Era suficiente que yo me limitara al rol de instrumento y ejecutará lo que el Señor me daba a conocer.

Finalmente llegó el momento deseado. Visité al Sr. Carlos Atienza y se me comunicó que todavía estaban dispuestos a vender la propiedad; hablaría con sus familiares.

Mientras tanto llegó, a fines de noviembre el Padre Superior de Holanda y convocó rápidamente a los consejeros a una reunión, de la que saldría una de las decisiones más importantes: solicitar al Padre Provincial permiso de mandar a un Padre a Norteamérica para juntar dinero para la compra del colegio en San Bernardo. Fue la intención encargar de esta misión al Padre Figuee.

Luego visitó también el Padre Superior a la familia Atienza, donde supimos que realmente querían vender la propiedad, pero bajo las mismas condiciones de antes: dos millones al contado al firmar el contrato, y el resto dentro de un año. El Padre Superior pidió mejores condiciones, pues así era imposible hacer negocios.

Después de algunas conversaciones regresamos sin haber llegado a un acuerdo más favorable.

Entonces el Padre Superior escribió una carta muy franca, que tendría que dar al vendedor la impresión de que el comprador estaba completamente seguro de poder cumplir todos los compromisos, como el pago en los plazos establecidos, con tal que el vendedor quisiera aceptar nuestra condición en que tanto habíamos insistido. Consistía en que la familia tendría que contentarse con un millón al firmar el contrato y que los otros 4 millones restantes serían pagados a corto plazo, dentro de 15 meses. La campaña, que un Padre haría dentro de poco en los Estados Unidos, garantizaría esto. Más de un millón no podríamos dar de ninguna manera por el momento.

La respuesta que fuimos a buscar algunos días después fue positiva, pero contenía al mismo tiempo una nueva cláusula: el precio de venta no sería cinco, sino seis millones y además el dividendo del capital por pagar sería del 10%, cláusula sobre la que no se podía discutir y por eso fue sin más aceptada:

El asunto fue ahora puesto en manos de los abogados de las dos partes, como aquí es la costumbre. Las negociaciones, sin embargo, no marcharon como se quería. Surgieron nuevas dificultades, así que los abogados propusieron un encuentro de representantes de las dos partes. El Padre Superior me designó como representante de la Congregación y me pidió hacer todos los trámites restantes.

¡Esto me gustaba mucho! Por extraño que suene, ahora estaba libre y no amarrado a consejos y proposiciones de otros y esto era necesario para ser un instrumento en las manos de Dios. La compra de la propiedad sería un hecho, de esto estaba convencido. Pero, ¿cómo convencer al propietario de aceptar la condición que nosotros poníamos? ¡En esto estaba también ahora la dificultad! El Señor no me abandonaría. A pesar de esto me fui a la reunión con un temor que no podía vencer, ¡pues ésta era la gran oportunidad!

De la Sucesión Atienza aparecieron tres personas: Don Carlos Atienza, su hermana Doña Eugenia, viuda, y su hija casada. Faltaron su hijo Guillermo y otra hija casada.

Los dos abogados tomaron la palabra y pronto se vio que la gran dificultad era realmente la suma que se debía pagar al firmar el acto de compra-venta.

Don Carlos pidió de nuevo dos millones y fue apoyado por su sobrina. Seguramente deben haber tenido motivos para seguir exigiendo esto; motivos económicos, que frente a un comprador débil como nosotros, eran justificados.

Yo aporté varios argumentos: la campaña de una de nuestros cohermanos en los Estados Unidos, que nos pondría en condiciones de pagar toda la suma dentro de 15 meses etc. Pero sin ningún resultado. Así que nos fuimos sin haber alcanzado algo.

Mientras tanto ya estábamos en 1954. El asunto edificio no estaba resuelto todavía, lo que era fuente de intranquilidad y preocupación, pues el 10 de enero teníamos que dejar San Ramón con todas nuestras cosas y existía el peligro de ser lanzados a la calle. No me desanimé y no pude hacerlo. Tomé de nuevo contacto con nuestro abogado y le pedí una nueva reunión, lo que resultó.

El abogado comenzó con algo de historia y explicó cómo la familia Atienza, al inicio, estuvo de acuerdo con las condiciones puestas por la Congregación y cómo se extrañó que no hubiera cumplido su palabra. A esto llegaron de nuevo 2 contra argumentos, así que la reunión otra vez estaba por fracasar. Ahora hice un último intento. La condición de un millón sería mantenida, pero el resto sería pagado no antes del 15 de marzo de 1955, sino antes del primero de enero de 1955. ¡Entonces toda la suma dentro de un año! Esta sería nuestra última concesión. Don

Carlos y su hermana se miraron a los ojos, parecían querer comunicarse algo pues con una pequeña inclinación de la cabeza finalmente consintieron. ¡Era el momento que habíamos esperado tanto!

El Señor había cumplido su palabra, había pedido de nuestra parte solamente mucha paciencia, humildad y confianza.

El 22 de enero nuestro Superior Regional firmó el contrato de compra-venta y el primer millón, juntado con mucha dificultad, fue entregado.

La casa no podía ser entregada inmediatamente, además era necesario hacer algunos cambios, razones por las cuales el año escolar comenzó 15 días más tarde.

El 1° de abril fue abierta la puerta del nuevo colegio y 240 alumnos entraron al "Instituto Sagrado Corazón".

Mientras tanto, el Padre Figeo había comenzado con gran éxito su campaña en los Estados Unidos. El 31 de marzo podía ser entregado el segundo millón, a fines de junio el tercer y el 1° de octubre los tres millones restantes. Tres meses antes del día del vencimiento. Así corona Dios los intentos de los que ante todo confían en Él.

El trabajo en San Bernardo personalmente me es muy querido, pues el buen Dios se dignó usarme como su instrumento. Por eso a Él pertenece todo honor, toda gloria. A Él, que había tomado la iniciativa de aceptar la parroquia de Nuestra Señora de Fátima, y bajo cuyo conducción tuvo la fundación del colegio.

TERCERA PARTE

CONSOLIDACIÓN DE LAS OBRAS

(paginas 82ss del cuaderno del padre J. Smeets)

ABRIL 1954 - JULIO 1955.

Cuando la compra de la propiedad Atienza fue un hecho, se esperaba que el Superior Regional me nombrare director del colegio. El Padre Superior realmente tenía este propósito y pidió mi opinión. Sin embargo, no fue necesario pensarlo mucho, porque luego me fue claro que mi puesto no estaría en el colegio. Por eso le propuse al Padre Superior nombrarme párroco suplente del P. Posthuma, que partiría en abril a Holanda para tomar sus vacaciones; no puso dificultades.

En Santa Marta estuve precisamente once meses, de abril 1954 a marzo 1955. La parroquia estaba recién fundada y la iglesia y la casa parroquial no estaban todavía terminadas, así que gran parte de las actividades del párroco fue ocupada por preocupaciones materiales.

De este año conservo muchos recuerdos agradables. La fidelidad, el interés y la colaboración activa de un pequeño grupo de fieles, formados por el párroco, el P. Posthuma, con mucho celo y cuidado, eran maravillosos. Recurrir a ellos nunca fue en vano, siempre estaban disponibles y sacrificaban muchas horas libres para los intereses espirituales y materiales de su parroquia.

Cuando el colegio en San Bernardo comenzó con 8 cursos completos, muchos alumnos debían ser rechazados por falta de matrícula

Por eso, era previsible que para el próximo año se presentara un respetable nuevo número de alumnos, así que era necesario pensar a tiempo en una ampliación. Había dos posibilidades. Frente al colegio estaba ubicada la propiedad de Don Carlos León Cruzat. La casa y el terreno tenían una superficie de 3.000 metros cuadrados. Había sido antes una de las posibilidades para comenzar el colegio en San Bernardo.

Con algunos arreglos habría espacio para 4 cursos de preparatorias y quedaría bastante lugar para albergar a una comunidad religiosa, que daría clases a los primeros años.

Una segunda posibilidad sería construir ya una nueva parte en el terreno comprado al inicio del año. A nuestro Superior Regional le gustaba la casa del frente y tenía motivos muy razonables para esto.

Me habría gustado haber concordado con su opinión, pues no encuentro nada más desagradable que diferir cada vez en juicio o en visión del pensamiento del Superior y de los cohermanos. Pero ¿qué puedo hacer? Cuando el Señor me da a conocer lo que desea de mí en algo concreto, no me deja tranquilo hasta que uso todos los medios que están en mi poder para hacer triunfar Sus pensamientos.

No es una tarea agradable, pero es la consecuencia del hecho de que Dios me usa como Su instrumento.

En la reunión del Consejo propuse hacer una construcción nueva; lo motivé de tal modo, que fue decidido pedir a un arquitecto hacer un presupuesto. Nuestro buen Superior Regional estimaba siempre mucho la opinión de sus consejeros y dejaba gustosamente la suya, cuando resultaba o hasta el mismo pensaba que el juicio de sus consejeros estaba más justificado. Sin embargo, cuando estaba convencido de que su opinión era la más justa, o quería realizar las líneas de conducta de los Superiores Mayores, sabía defender excelentemente su punto de vista y asegurar el apoyo de sus colaboradores inmediatos.

Mientras tanto, el Superior había recibido por parte de la Superiora Generala de la Congregación de la "Reunión del Sagrado Corazón de Jesús" de Guadalupe, España, la promesa de mandar a algunas religiosas a San Bernardo. Esto suponía que se debía buscar habitación para ellas. Así se llegó de nuevo a la conversación sobre la compra de la casa del frente, también porque el presupuesto del arquitecto salió demasiado alto y la nueva construcción probablemente no terminaría antes del año escolar venidero. Así el Padre Superior propuso de nuevo comprar la casa.

Esto era, visto las circunstancias, lo más aceptable y realmente una buena solución, así que no me quedó otra cosa que dar mi aprobación. Sin embargo, estaba en este momento convencido de que no se debería haber hecho esta compra, así como espero demostrarle después.

El relato que escribo aquí parece bastante confuso y da la impresión de tratarse de alguien que quiere saberlo todo mejor, contra la opinión de los que se dejan guiar por el sentido común normal y están abiertos a las posibilidades que se presentan "hic. et nunca". Sin embargo, mi única intención es escribir aquí lo que el Señor me dio a conocer en el caso mencionado anteriormente aunque no entendí sus intenciones en los detalles.

El propósito de escribir "la historia de mi vida" o mejor de mostrar cómo fui favorecido abundantemente con la gracia de Dios, fue inspirado por el mismo Señor. No ha salido de mí mismo y he procurado resistir a ello, porque al inicio no encontré nada más presuntuoso y peligroso que escribir de mi propia persona. Pero el Señor me hizo ver que no hay absolutamente nada en mí, es decir, en mi vida no fructificado por el rocío de sus dones celestiales, que valga la pena anotar aquí. Me ha incitado a escribir para dar a conocer sus obras en mí y para alabarlo y agradecerle por eso, ahora y durante toda mi vida.

"Psallam Deo meo, quamdiu ero".

A fines de 1954 mi salud no estaba muy bien. No estaba propiamente enfermo y por eso pienso que fue un surmenage. Según mi opinión, se debe buscar la causa en el intenso esfuerzo espiritual de los últimos años. Probablemente me expreso mal.

Como resultado de lo anterior, durante los años 1950-1954 había varios asuntos y problemas que fueron decisivos tanto para el futuro de nuestro trabajo en América del Sur como en relación con el género de nuestra labor en Chile. Estuve muy relacionado con la búsqueda de soluciones y la toma de decisiones y había de cumplir una misión, que resultaría solamente viviendo permanentemente en una intensa unión con Dios. Probablemente me he forzado demasiado en estos años de tensión y se ha exigido demasiado de mi capacidad de concentración.

Mi permanencia en Santa Marta terminó el 19 de marzo de 1955 cuando el párroco volvió de Holanda. Mi nuevo destino fue la Parroquia de Fátima, donde mi Superior, el Padre Selders, era párroco y donde reemplazaría al vicario que partió con vacaciones a Holanda.

En este mismo mes llegó el Superior Provincial de la Provincia Holandesa, el Muy Reverendo Padre Jansen, que vino a hacer la visita canónica a nuestra Región.

El anuncio de la visita llenó a todos de alegría, de esperanzas y optimismo. También yo esperaba mucho de esta visita. Sin embargo, el recuerdo que guardo de ella, pertenece a los más desagradables, y esto totalmente por propia culpa. Durante la visita se decidió construir en el terreno del colegio una casa para la comunidad del colegio y un seminario menor, con una capacidad para unos 50 niños.

En los edificios existentes faltaban habitaciones para la comunidad; varios padres vivían al frente en unos apartamentos donde una familia amiga. Esta situación no podía perdurar naturalmente; era necesario buscar tan pronto como fuera posible una solución, de una u otra manera. Por eso, se pensaba construir un convento.

En cuanto al seminario menor, era el ardiente deseo de nuestros Superiores Mayores comenzar en la Región con la formación de candidatos para el sacerdocio. Para realizar estos deseos era el primer paso la construcción de una escuela apostólica al lado del nuevo convento. Había entonces un doble proyecto. Por el momento, bastaría construir el convento para la comunidad; éste sería edificado ampliamente y así algunas habitaciones serían reservadas para los futuros seminaristas.

¿Qué pensaba yo de todo esto?

Mi consejero me dio a conocer lo siguiente; "No se puede construir un convento para la comunidad del colegio, sino un nuevo edificio para el colegio, tampoco levantar un seminario menor en terrenos del colegio. Una vez terminado el colegio nuevo, se pueden transformar las salas de clases de la parte antigua en habitaciones para la comunidad".

Aquí se aclara por qué no se habría debido realizar la compra de la casa y del terreno del frente. Una superficie de 12.000 metros cuadrados, como poseía nuestra propiedad, ofrecía bastante terreno para la construcción de un gran colegio, si fuera necesario con varias alas, como también estaba proyectado al inicio, para una escuela primaria y secundaria. ¡Sería la solución más simple!

Fuimos llamados en primer lugar a San Bernardo para la educación religiosa e intelectual de la juventud del lugar, y para cumplir bien esta tarea, era necesario tener en primer lugar un sólido y buen edificio. La casa para la comunidad quedó relegada al segundo plano.

Además esto no era problema, porque las salas de clases existentes, que estaban aún en buen estado, se prestaban muy bien para ser habitaciones para los padres. Y en cuanto al seminario menor, no era una cosa urgente. ¡Este fue el mensaje que recibí!

Había sido mi obligación comunicar al Padre Provincial mi juicio sobre la nueva construcción para el colegio, su necesidad, etc. Pero, ¿qué argumentos habría debido utilizar para postergar la construcción de un seminario menor o del edificio donde el seminario funcionaría temporalmente?. Era el deseo de nuestros Superiores Mayores, repetir siempre de nuevo, comenzar una escuela apostólica. ¿Qué había en contra? Pero me costó revelar mi punto de vista y defenderlo con argumentos. ¿Por qué? ¿A lo mejor por la autoridad que tiene un Superior Provincial o por un cierto miedo y timidez, que no había conocido en otra oportunidad, para seguir defendiendo una convicción personal con motivos verdaderos y honestos guardando siempre el respeto y el amor?.

Creo que había sido mi deber haber usado este derecho. Le ejecución de los planes a lo mejor habría tomado otro rumbo. Después de la historia de Vitacura, es ésta la segunda falta que cometí cumpliendo mi misión de instrumento en las manos de Dios.

cuántas veces no he deplorado esta negligencia!

Se construyó el nuevo edificio por la comunidad del colegio, y algunos candidatos se instalaron en la parte reservada para el seminario.

Cuando yo entraba al edificio durante los primeros meses, tenía la impresión de que toda la casa se me viniera encima. ¡Era una especie de remordimiento que tenía que superar!

JULIO 1955 - ABRIL 1957.

Poco a poco llegará mi turno de ir a Holanda para las vacaciones. No tenía apuro; pero mis Superiores pensaban de otra manera. Seguramente sabían mejor que yo que era necesario pasar algunos meses sin preocupaciones en la patria. A fines de julio de 1955 partí en barco desde Buenos Aires para Holanda. En la capital de Argentina aproveché la oportunidad de ir a ver algunas iglesias que fueron incendiadas durante los días de la revolución. Las que peor estaban eran la Curia del Arzobispado y la gran iglesia de los padres franciscanos. Ambas habían sufrido muchos daños.

En la iglesia de San Francisco vi carbonizados los altares laterales donde había celebrado varias veces la Santa Misa después de la llegada del barco nocturno de la línea Montevideo Buenos Aires.

Regresado a la patria permanecí algunos meses con mis familiares que se preocupaban mucho de mí y me rodeaban de muchas atenciones.

Sin embargo, después de cinco meses, no me sentí aún completamente bien. Pensé que podría ser la consecuencia de una jaqueca que tuve el año pasado. El resultado de los exámenes en el hospital San Francisco en Rotterdam fue que el médico me recomendó pasar algunos meses en reposo absoluto, con preferencia fuera de Holanda.

El Procurador de misiones pensaba que Flums en Suiza sería el lugar ideal. Realmente me fui a Flums, donde la Congregación tenía una casa que dependía directamente del Consejo General, es decir, de nuestro Superior General. Este, siempre preocupado del bienestar de sus hijos, me dio permiso y me deseaba una pronta mejoría.

En Flums pasé un hermoso tiempo. Era aún completamente invierno cuando llegué a fines de enero, pero esto no me impedía ponerme todos los días los zapatos de montaña que antes habían pertenecido al Padre Govaart, de piadosa memoria, y hacer un gran paseo por la nieve.

Apenas desapareció el frío y con él la nieve, andaba en bicicleta y comencé a explorar los alrededores. Todos los días fui de nuevo testigo del cambio del invierno a la primavera, cambio de una naturaleza muerta a una vida nueva y joven, símbolo del proceso de curación que se realizaba en mí, en que mi mente se puso de nuevo fresca y clara y los nervios se relajaron completamente. A fines de abril me sentí de nuevo en buenas condiciones. Así regresé a Holanda. Permanecí aún algunos meses para regresar a fines de agosto vía Roma a mi centro de trabajo en Sudamérica.

Desde el avión ya había podido ver antes, en 1948, la Ciudad Eterna. Ahora, durante 15 días, tuve la oportunidad de conocer de cerca el Centro de la Cristiandad. Mi visita respondía a una invitación del Padre General, que algunos meses antes hizo su primera visita a Chile, y aún tenía recientes recuerdos del "bonito país", como llamaba a Chile. El P. General me llevó a su habitación, se informó con interés sobre mi salud y habló de las posibilidades que vio en Chile para la Congregación. A principios de septiembre me embarqué en Génova en el "Augustus", que con 1.200 pasajeros a bordo comenzó su viaje a Buenos Aires. Estaba contentísimo cuando algunas semanas después tenía de nuevo tierra chilena bajo mis pies. Me tocó Santa Marta, donde el Superior Regional se había instalado mientras tanto y por eso sería en el futuro la sede del gobierno de la Congregación en Chile. En abril de 1957 fui nombrado párroco de esta parroquia.

ABRIL 1957 - JUNIO 1958.

Una vez que fue decidido que la Provincia Holandesa dejaría definitivamente Argentina, fueron suspendidas la obra de Bermejo en Mendoza y la residencia Buenos Aires II, y la parroquia Santo Cristo fue entregada a la Provincia Italiana.

También en Uruguay la Congregación se había retirado sucesivamente de las tres parroquias rurales y de la residencia estudiantil.

La consecuencia de este retiro fue que en un período de dos años ocho sacerdotes de Argentina y de Uruguay fueron trasladados a Chile, los que junto con los sacerdotes jóvenes. Llegados desde Holanda, significaban un bienvenido refuerzo.

Primeramente fueron completados los lugares con poco personal; después quedaron algunos padres disponibles para nuevas obras.

El Padre Superior tenía que escoger de entre una gran serie de obras que cada vez le fueron ofrecidas. Pero, ¿qué elegir? ¿He podido ayudar en esto a nuestro Superior Regional? Creo que también aquí el Señor me ha usado de instrumento y de la manera siguiente.

La situación de los cohermanos que en Argentina y Uruguay habían cumplido cargos de responsabilidad y ahora tenían que contentarse con asistencias provisorias, urgió al Padre Superior a aceptar cuanto antes algunas obras. ¿Cuáles fueron estas obras que respondían a los planes de la Providencia respecto a la Región? De algunas sabía que seguramente no lo eran; fueron las primeras obras ofrecidas. Fue mi misión aconsejar al Padre Superior que esperara un poco para la aceptación de parroquias, por desagradable que fuera para los cohermanos que estaban esperando. Seguramente llegaría una solución más favorable. ¡Fue cuestión de paciencia y de tiempo!

Fuera de esto, el Padre Superior de su parte hacía todo lo posible para conseguir la parroquia de La Calera y no podía frenarlo en esta tentativa, al contrario, tenía que apoyarlo.

El Obispo de Valparaíso no podía hacer una oferta oficial, en vista de que ya había tomado contacto con otra Congregación, que por una u otra razón, cada vez postergaba su decisión. Con una admirable perseverancia, el Padre Superior utilizó la posibilidad que vio a causa de esta duda y postergación, y lo hizo de una manera honesta. Visitaba alternativamente al Obispo y al

Superior de la Congregación anteriormente indicada, deliberaba con él e insistía con prudencia en no postergar demasiado la decisión, por haber a disposición tres padres y un hermano, mientras al otro Superior le faltaba personal.

Finalmente llegó la palabra salvadora del Obispo. Llamó al Padre Superior y ofreció la Parroquia de La Calera a la Congregación. Fue entregada el 1° de julio de 1957.

Mientras tanto, el Obispo de Talca había hecho una nueva oferta, es decir, Yáquil, cerca de Santa Cruz. Esta vez estaba realmente contento de poder apoyar inmediatamente al Padre Superior. A la oferta del Obispo estaban ligadas todavía algunas dificultades en que el factor tiempo jugaba un papel y frente a esto hay una sola actitud posible: paciencia, una de las virtudes más necesarias de un Superior que está a la cabeza de una Congregación que está todavía en su período inicial en el país. Fue un gran alivio para el Superior Regional cuando, al comienzo de julio tres padres podían comenzar la nueva obra en Jáquil. Este problema estaba superado y tuvimos motivos de agradecer a Dios por el aumento de dos centros de trabajo.

FINES 1957 - JUNIO 1958.

A fines de 1957 terminó la construcción para la comunidad del colegio. Una parte del primer piso fue instalada para la escuela apostólica, que comenzaría en marzo con 8 candidatos.

Durante la construcción ya previmos que una notable cantidad de los fondos destinados para la primera ala no serían usada, gracias a la campaña del Padre van den Hombergh, que se encontraba en los Estados Unidos para recolectar dinero. Además consiguió un respetable préstamo sin interés. ¿Qué destino dar a esta suma? Los Superiores Mayores preferían usarla para la construcción de la segunda ala que estaba proyectada perpendicularmente a la primera con una capacidad de albergar a unos 50 niños.

Inmediatamente comprendí que se presentó una ocasión para reparar parcialmente mi negligencia de algunos años atrás. La voz del Señor fue clara, no podía menospreciar esta voz. En las reuniones del Consejo Regional he abogado siempre por proponer a nuestros Superiores Mayores invertir la suma en otro objeto, p.e. un colegio en Santiago.

La segunda ala no apuraba en vista de que durante los próximos años un grupo de 15 a 20 jóvenes podía permanecer en la comunidad del colegio y era aconsejable esperar primeramente si resultaría el experimento. El Padre Superior y el segundo consejero, que no estaban contra el proyecto de una segunda ala, opinaban que sería mejor invertir el capital en un nuevo colegio en Santiago. Tanto el Consejo Provincial como el Consejo General reprobaron este proyecto. Las razones que se daban eran comprensibles y testimoniaban una gran prudencia: era necesario dar en primer lugar toda atención a la propia formación de sacerdotes y además se preguntaba si el comienzo de un segundo colegio no sería un peso demasiado grande para la Región.

Con esta respuesta de las autoridades de la Congregación, por más motivada que fuera, (¡no terminaba mi misión!

Urgente era el encargo, y sentía cómo pesaba sobre mí. ¡Juega bien tu papel de instrumento, pues la construcción de esta segunda ala no corresponde a los planes de la Providencial ¡

Insistí ante el Padre Superior que dejara por el momento todo el asunto. El tiempo da consejo.

Después de algunos meses, era enero 1958, el Padre Superior mandó al Padre General una amable carta (4) en que estimaba necesario exponerle de nuevo el punto de vista del Consejo regional y en que pedía con cortesía abrir de nuevo el asunto del colegio en Santiago en el Consejo Provincial de Holanda.

El Padre General contestó que lo estudiaría seriamente después de su visita canónica a Holanda.

4 El Padre Juan Smeets se refiere a una larga carta de 7 páginas que el Padre Cornelio Selders mandó al Padre General el 15 de enero de 1958 y que conservamos en el archivo general en Roma

JUNIO 1958 - FEBRERO 1959.

En junio fui nombrado Superior Regional de la Región Chile-Uruguay. Las dos regiones fueron de nuevo unidas en una sola.

Hice un nuevo pacto con el Señor, profundamente convencido de que "los operarios trabajarán en vano, si el Señor no construye la casa". También ahora me puse completamente a disposición del Señor y fue mi más ferviente deseo hacer su obra, realizar sus planes en nuestra Región. Por eso, me ofrecí de nuevo como instrumento.

Conocía los planes de Dios en cuanto al colegio y al seminario menor. ¡Sabía que no podía dudar de esto! ¡"Eloquia Domini sunt eloquia sincera, argentum probatum separatum a terra, purgatum septies"!.

En realidad mientras más urgentemente proponía este asunto al Señor en la oración, "septies" y más veces, más pura y claramente resonaba su voz, también "septies".

Pero no es un encargo agradable convencer a los Superiores Mayores de que desistan de una decisión tomada, aunque se lo haga con el debido respeto y amor y con argumentos que muestran claramente el celo por Dios y los intereses de la Congregación.

El camino más simple y más perfecto es hacer lo que mandan los superiores. Esta es la regla general. Sin embargo, puede ser también el camino de la menor resistencia, cuando uno se siente obligado en conciencia a mostrar a los Superiores ciertas consecuencias de una decisión que tal vez podría ser nociva, o a iluminar otros aspectos que uno cree que no fueron tomados bastante en cuenta, pero deja de hacerlo por comodidad u otros motivos.

Cuando la autoridad no cambia su decisión, es claro como debe actuar un religioso. En este caso, no se puede escapar a una obediencia dócil. ¡Quien os escucha a mí me escucha!

Pero sentí dos voces, dos juicios completamente diversos en el asunto del seminario menor y la construcción nueva en San Bernardo. ¿A qué voz tenía que obedecer? Comenzaría a hacer un nuevo intento aun antes de que el Padre General tratara esta cuestión en el Consejo. No podía perder tiempo. Si fracasara este intento, es decir, si se me respondiera que un nuevo colegio en Santiago en este momento sería una tarea demasiado pesada, y que por el contrario la ampliación del seminario menor era una necesidad urgente, la voz del Superior se haría para mí la voz del Señor y no había que elegir.

Mandé una extensa carta al Padre General (5) y al Padre Provincial en que no dejaba sin tocar ningún motivo para abogar por un colegio en Santiago.

Mientras tanto, el Padre General había cumplido su promesa hecha a mi antecesor y había intervenido en Breda

Antes de recibir esta noticia se encontraba mi carta sobre el escritorio del Padre Provincial en Breda... Mi proposición fue tratada en el Consejo y fue ahora aprobada. Estaba doblemente contento y agradecido. En primer lugar, porque la decisión estaba completamente en la línea de los planes de Dios y también, porque los Superiores Mayores habían dado una nueva prueba de confianza en la administración de la Región. ¡El Señor debe tener una sorprendente preferencia por nuestra Región y tenerle un amor más que común por querer imprimir en ella un sello de autenticidad para mostrar que es su obra!

A comienzos del mes de diciembre, recibimos la inesperada noticia de! fallecimiento del Padre General. Durante el poco tiempo que había estado a la cabeza de la Congregación, había mostrado un gran cariño por nuestra Región, como testimonian su interés por nuestro trabajo y la comprensión por los problemas de la Provincia Holandesa en Argentina, Uruguay y Chile, como manifiesta claramente lo anterior.

(5) Fue el 16 de julio de 1958 cuando el Padre Juan Smeets mandó su carta al Padre General abogando por un nuevo colegio en Santiago, como consta en el archivo General.

Poco tiempo después de su fallecimiento se hizo la compra del terreno para la construcción, un terreno de 16.000 metros cuadrados, ubicado en Avenida Colón 6.200 donde se levantaría el nuevo colegio.

No he recibido una iluminación especial para comprar justamente este terreno. Tengo la impresión de que el Señor nos dejó libres en cuanto a la elección del terreno, pero no en cuanto al objeto.

FEBRERO 1959 - MARZO 1962.

En el mismo mes de febrero de 1959 fue convocado el Capítulo de la Provincia Holandesa. Según las Constituciones también una delegación de nuestra Región, entre otros el Superior Regional, tenía que ir a este Capítulo, que se abriría el 1° de abril.

Primeramente había pensado quedarme en Chile y dejarme sustituir por el primer consejero, pero luego cambié de pensamiento. Sentí la voz de Dios que me exhortaba a ir, y no solamente a Holanda, sino también a Roma. ¿Qué tenía yo que hacer en Roma? En julio se efectuarían durante el Capítulo en Roma las elecciones del nuevo Superior General y de su Consejo.

¿Estaba mi viaje a Roma relacionado con esto? No se me respondió a esta pregunta; así que durante mucho tiempo estaba incierto acerca de la finalidad de mi viaje a Roma. A veces pensaba

El Señor es capaz de todo. ¿Quiere ponerme en la Curia General para usarme allí como su instrumento? ¡Seguramente que no, porque no se me tomará en cuenta para tal encargo! ¡Crear algo así sería tontería, además personalmente no me gustaba!.

Finalmente el Señor me mandó un rayo de luz. Era una cosa simple, pero que de su parte significaba otra vez para nosotros una delicada atención para la Región. ¿Por qué actuaba así? Así como en el Antiguo Testamento había hecho un pacto con su pueblo y lo colmaba cada vez con pruebas de su amor, así parece haber hecho un pacto con nuestra Región, que lo obliga a circundarnos constantemente con pruebas de fidelidad y bondad. No lo puedo explicar de otra manera.

El Señor quería un colegio en Santiago, quería también mostrarnos el camino por el cual debíamos buscar los medios para hacer posible la construcción. Se había comprado el terreno, quedaba aún un pequeño capital suficiente para construir unas salas de clase, pero no suficiente para construir un ala más o menos grande.

En Chile era imposible reunir un capital grande, y en este momento no se podía esperar una ayuda de otros. Quedó una posibilidad en que no había querido o ni me había atrevido a pensar, porque es tan difícilmente realizable, es decir, mandar a un padre a Norteamérica. Sin embargo, el Señor me dio a conocer que ésta sería la solución.

Constantemente las misiones y Provincias recurrían a la benevolencia de la Provincia Norteamericana, que debía aprobar cada acción en Estados Unidos. También para nuestro caso era necesario el permiso del Superior Provincial de esta Provincia. La finalidad del viaje a Roma consistía en esto: que en julio, después del Capítulo General, abogaría por esta causa ante el Padre Provincial. Prolongué mi permanencia en Holanda hasta la mitad de julio, comenzando mi regreso a Chile vía Roma.

En Roma supe con asombro que el Provincial de Norteamérica, el Padre José De Palma había sido elegido Superior General. Yo pensaba; ¡esto aumenta nuestras posibilidades!.

El Padre General estaba muy ocupado los primeros días después del Capítulo; muchos querían hablar con él antes de regresar a sus respectivas Provincias, y por eso tenía el peligro de perder la combinación con el avión a Sudamérica. Nuestro buen Padre Raaymakers supo insertar para mí una conversación y, en su presencia y con su colaboración, expliqué un domingo en la mañana nuestros planes al Padre General. No puso dificultades; pero, no siendo ya Superior Provincial, el permiso dependía en última instancia de su sucesor.

A pesar de esto, tomé tranquilamente el avión en la tarde, seguro de la promesa del Padre General, que propondría nuestra solicitud al nuevo Provincial, apenas éste estuviera en funciones.

Gracias a esta intervención, recibimos a comienzos de enero por medio del Padre Lino Merz, el ecónomo provincial, la noticia de que se esperaba a uno de nuestros padres "como huésped" en los Estados Unidos.

En abril partió el P. Figuee para Norteamérica, donde le fue permitido permanecer hasta julio de 1961. Como en 1954 para el colegio en San Bernardo, tuvo su campana para el nuevo colegio un éxito inesperado.

¡Se ve que el Señor tiene en su Región también personas que sirven como instrumento para conseguir amigos del Mamón!

Junto con una ayuda extraordinaria de la Provincia Holandesa, la campaña del Padre Figuee puso a la Región en disposición de construir una ala larga de 12 salas de clase y habitación para la dirección.

Así se agregó un nuevo motivo a los otros innumerables para seguir agradeciendo a Dios, lo que nos hace exclamar con el salmista: "Quid retribuam Domino, pro ómnibus quae retribuit mihi"

En la reunión del Consejo Regional del 6 de octubre de 1959 fue tratado críticamente el problema del seminario en San Bernardo. En el futuro, se repetiría varias veces este mismo asunto en las reuniones. También durante los recreos este problema fue varias veces objeto de discusiones de la comunidad del colegio. Me encontraba en una situación difícil cuando se tocaba este tema, en vista de que no solamente entre los miembros del Consejo Regional, sino también en la comunidad las opiniones estaban divididas. El P. Selders y el P. Figuee, respectivamente primero y segundo consejeros, eran partidarios del seminario menor y pensaban que dentro de poco se debía construir, o un ala perpendicular a la casa para la comunidad del colegio, como estaba proyectado originariamente, o un edificio suelto de la comunidad del colegio en el mismo terreno. Ya he dicho varias veces que yo debía ver este problema de otra forma y que no podía dejar este punto de vista.

Había algunos momentos en que quise hacer unos serios intentos para unirme al punto de vista de mis cohermanos, pero no duraban mucho tiempo. Sabía que una escuela apostólica en el terreno del colegio no estaba en los proyectos de Dios.

Sucesivamente me fue también claro que no teníamos que hacer planes para trasladar el seminario menor o construir un nuevo edificio en otras partes. ¡No debiéramos haber comenzado con un seminario menor! ¡No tendría que existir! Así me lo había revelado el Señor. ¿Podría oponerme a esto?

De lo anterior seguiría como conclusión lógica que de mi parte tendría que hacer algo para cerrar el seminario. Pero ¿cómo?. La voluntad de los Superiores Mayores era la razón de la existencia y de la permanencia del seminario.

Contra esto, no me he opuesto nunca en presencia de mis cohermanos y, en lo posible, apoyaba al director. Pero fue un interés muy débil y no se caracterizó por el entusiasmo con que me entregaba a otros asuntos. ¡Esto me fue imposible!. En 1959 había 15 seminaristas, el máximo que tuvimos. Los próximos años bajó el número notablemente, y a fines de 1961 quedaban solamente 6 jóvenes.

Cada uno veía que algo andaba mal; las opiniones estaban divididas acerca de las causas. No quiero negar que una de las causas estaba en la falta de verdadero interés de parte mía, de quien como Superior debía salir una conducción inspirada. A pesar de todo conversé varias veces con el director sobre la marcha de las cosas y dialogaba con él sobre la posibilidad de una mejor calidad y un número más grande de candidatos.

Hasta organicé al final del año 1959 una jornada en que uno de los temas principales fue dedicado a la formación sacerdotal en nuestra Región. Sin embargo, cada vez que se tocaban los

problemas del seminario, trataba, contra mi convicción, de atender lo mejor posible estas cosas. Pero fue más que mi convicción personal, que estaba en juego. Vencerla o dejarla no creo que habría sido un problema tan grande, porque los motivos de una sincera obediencia me habrían ayudado en esto. ¡Pero mi visión respondía a una visión que había recibido del Señor mismo! Este era mi problema. Por más que me esforzaba, no podía dejar de lado esto, por lo menos por el momento mientras la cuestión seminario no estaba decidida definitivamente por los Superiores Mayores.

Como ya dije, después de una experiencia de algunos años, nadie estaba realmente contento de la marcha de las cosas. Se hicieron planes para dar nueva vida a la lánguida existencia que vivía el seminario. Así se manifestó que era deseable que los seminaristas tuvieran un edificio propio, donde existiera la posibilidad de crear un ambiente propio de seminario. Con esto apareció de nuevo el proyecto de la construcción de un sencillo seminario en el terreno del colegio. Los dos consejeros fueron grandes partidarios de esto y en aquel momento también el director del seminario.

Comprendí naturalmente el punto de vista de mis cohermanos y tuve, a pesar de todo, comprensión y estimación por su interés y por los intentos sinceros de echar a andar más el seminario.

Detrás de esta diferencia de opinión, que nunca he podido tomar a mal, se escondía una cierta tragedia, que también ellos de una u otra manera deben haber sentido, aunque no entendieron cuál fue su causa profunda, ¡La visión de Dios no es siempre la visión de los hombres!

Felizmente conseguí convencer a mis cohermanos, o mejor dicho llevarlos a mantener por el momento el "Statu quo". Los motivos eran aceptables: El número de alumnos era pequeño y, aunque esperamos comenzar el próximo año con un número más grande, quedaba bastante espacio en la comunidad del colegio.

Lo principal sería dar más atención a los jóvenes, para lo que se pediría la cooperación de todos los padres y hermanos del colegio.

Además, el Padre Provincial había anunciado su visita a la Región.

Una vez en Chile, podría estudiar la situación de cerca y después se podía tomar una decisión.

En todo caso se había conseguido que no sería construido, además de que se había ganado tiempo para aclarar más toda la situación del seminario.

El Padre Provincial, el Muy Reverendo P. Bakker, manifestó ya algunas veces que le gustaría conocer nuestra Región. La visita fue cada vez postergada por diversas razones. Tampoco la visita proyectada para octubre de 1961 podía hacerse. Había algunos problemas que necesitaban una solución urgente. Luego entendí lo que tenía que hacer. Propuse al Padre Provincial viajar yo mismo a Holanda para exponerle a él y al Consejo Provincial nuestros problemas. No hubo ningún inconveniente.

Tomé el avión a Montevideo el 6 de diciembre de 1961, donde permanecí tres días en la casa de nuestros Padres. El día después de mi llegada recibí un telegrama de mi cuñado en el que se me daba la noticia de que mi hermana mayor estaba gravemente enferma. Era mi hermana Emilia.....(6)

Dos días después (7) continué mi viaje a Holanda, donde el avión aterrizó en Schiphol el día Domingo más o menos a media noche. Mi cuñado me dijo que la situación de mi hermana era muy grave y que debíamos partir de inmediato. Molestados por una fuerte lluvia y un fuerte viento del sudeste, que trataba cada vez de desviar el auto de su pista, cruzamos Holanda a media noche.

Escuché ahora el relato de su corta enfermedad. Unos 10 días atrás se sentía mal y al principio no le daba atención. El médico, sin embargo, entendió muy luego que no se trataba de una simple indisposición y la mandó al hospital para un examen completo. El diagnóstico era implacable: un envenenamiento de los riñones, tan acelerado ya, que no se podía esperar una mejoría. I

(6) Ahora siguen más o menos 10 páginas en que el P. Juan Smeets habla de su propia familia las pp. 121-130.

(7) *El P. Juan escribe "tres días después".*

Recibió los sacramentos de los enfermos en plena conciencia y ahora hacía tres días estaba inconsciente. Más o menos a las tres de la mañana llegamos al hospital de Roermond. En la habitación nos esperaban nuestra hermana menor y una sobrina. Emilia estaba inmóvil, los brazos sobre las frazadas al lado de su cuerpo. Respiraba aún más o menos regularmente y su pulso era normal.

Como ya no era posible decirle algunas palabras estimulantes o rezar juntos, no me quedaba otra cosa mejor que ofrecer al Padre su enfermedad, su entrega, en una palabra, toda su vida, juntamente con Cristo ofreciéndose en el sacrificio de la Santa Misa en este momento del día y pedirle purificar su alma por la sangre de su Hijo.

Podía estar contento de poder prestar aún este servicio a mi hermana y poder asistirle así en las últimas horas de su vida terrenal.

A las ocho de la noche despertó de repente, y falleció calmadamente media hora después.

Comprendí luego que el fallecimiento de Emilia el día de mi llegada a Holanda no fue una casualidad de ciertas circunstancias, sino que debía ver en esta disposición de su Providencia paternal otra vez una de estas delicadas atenciones, como el Señor me las ha querido dar tantas veces.

Durante mi permanencia en Holanda tuve varias veces ocasión de hablar extensamente con el Padre Provincial sobre asuntos de la Región. El Padre Provincial tomó el tiempo necesario para esto a pesar de sus muchas ocupaciones.

A la reunión del Consejo Provincial de enero de 1962, donde serían tratados los asuntos de la Región de Chile-Uruguay, fui invitado para dar aclaraciones si fuera necesario.

El punto principal fue la cuestión seminario. De antemano había hecho un informe de los diversos aspectos, opiniones y posibilidades para los miembros del Consejo. Resumiendo les dije:

"Es claro para cada uno que el seminario menor en San Bernardo como va ahora, no da los resultados que se podían esperar después de un experimento de 5 años. Después de un punto culminante en 1959 bajó cada año el número de los seminaristas. Traté de aclarar por medio de una descripción de la situación lo que para mí era la causa: las pocas posibilidades entre un porcentaje de la juventud rural y obrera de Chile; el lugar que ocupa nuestra escuela apostólica en la comunidad del colegio.

Suponiendo que el intento comenzado en 1957 con 3 candidatos debía ser continuado, el seminario debería llegar a ser una comunidad aparte, en un edificio aparte, separado de la comunidad del colegio. Así podría crecer un ambiente que los seminaristas, hasta ahora un pequeño grupo perdido en la comunidad mucho más grande del colegio, necesitaban.

También sería importante que llegara a ser un grupo más o menos considerable, de p.e. 59 jóvenes, para cuyo reclutamiento se debería hacer una fuerte selección.

¡La gran dificultad es cómo conseguir tal grupo con tal calidad! Debería ser bien estudiado.

Después hice una exposición de los métodos que tenían otras Órdenes y Congregaciones que no tenían un seminario menor.

Son normalmente los institutos religiosos que se dedican a la educación o dan mucha atención a la formación de jóvenes. Un colegio solo no es garantía de buenos candidatos para el sacerdocio. Son especialmente las llamadas actividades apostólicas dentro y fuera de los colegios, en que están involucrados los alumnos, con preferencia de las clases superiores.

Estos jóvenes son insertados de una u otra manera en la pastoral específica, p. e. en las poblaciones de Santiago, llamadas "callampas" o de otras ciudades o en las misiones rurales de las extensas parroquias del campo. Así se ponen en contacto con las necesidades materiales y la aún más grande necesidad espiritual de su prójimo.

Se entiende que esto es una base favorable para suscitar una inquietud espiritual en el alma generosa de un joven, abierto a impresiones de un ambiente completamente diferente al suyo.

Es muy importante que estos jóvenes sean conducidos por un sacerdote, que no solamente los conozca, sino que también tenga influencia sobre ellos y pueda darles la orientación deseada cuando la pidan.

Así trabajan en Chile varias Órdenes y Congregaciones, y es un hecho que no puede ser negado, que han dado excelentes sacerdotes.

El Seminario Mayor de Santiago tiene su propia experiencia. La gran mayoría de los candidatos para la filosofía venían los últimos años no de su propio seminario menor, sino de los colegios católicos o de la J.E.C. (la Acción Católica en los colegios fiscales), la J.O.C. y la J.A.C. (obreros de las fábricas y del campo) de estudiantes universitarios (A.U.C.) y hasta de personas tituladas.

¡"Contra factum nihil"!

También el hecho de que el seminario menor del Arzobispado desde el año 1962 sería transformado en un liceo externo con internado para los jóvenes de las provincias, habla por sí solo.

En una circular de propaganda que anuncia este curioso cambio, se dice expresamente que el seminario es un liceo, donde se formará a cristianos comprometidos, que después se dejarán inspirar por los principios evangélicos en el mundo y en el ambiente donde serán colocados, y así darán testimonio de la Persona de Cristo.

Se confía en que este colegio con la ayuda del Señor dará candidatos para el sacerdocio, usando naturalmente también los elementos humanos, como el contacto personal, las actividades apostólicas en gran escala, como lo hacen también otros colegios, etc.

En cuanto a nuestra posición en Chile, agrego que la Congregación se encuentra aún en el período de comienzos. Recién estamos 12 años en el país, pero que es nuestra sincera intención poner una buena y firme base en forma de colegios parroquias y otras actividades en Santiago y en otras ciudades, sucesivamente también poniendo a un padre a disposición como asesor espiritual de la J.E.C. y de otras organizaciones entre los jóvenes, uno de nuestros padres es consejero regional de la J.A.C., y del "Movimiento Familiar Cristiano", etc.

Cuando nuestros cohermanos se entreguen con celo y sacrificio a la tarea que la Providencia les ha destinado en Chile podemos confiar en que se presentarán candidatos que quieran entrar a nuestro instituto.

Nos encontramos aún en medio del tiempo de la siembra, debemos seguir sembrando también en el futuro. Por eso, el factor paciencia y tiempo juegan un gran papel antes de poder recoger los frutos de la primera cosecha".

Después de esta exposición, los Padres del Consejo Provincial conversaron sobre el tema. Uno de ellos me preguntó en qué método veía yo la mejor salvación. Le respondí: "En el método aplicado por las Congregaciones que no tienen seminario menor o principalmente dan su atención a la formación apostólica de un cierto grupo de alumnos".

Esto conforme a mi propia visión, que podía defender, porque pensaba que respondía mejor a la realidad chilena en cuanto a la formación sacerdotal, pero principalmente conforme a la luz que me fue dada para esto desde Arriba.

El Consejo Provincial tomó desde su punto de vista una sabia decisión. Durante el próximo año escolar, 1962, no se cambiaría nada en la situación actual, de modo que el seminario menor quedaba donde estaba.

No había ningún apuro en tomar una decisión definitiva, vista la gran importancia que se daba a la próxima visita del Padre Provincial a Chile en el mes de marzo, y la necesidad de estudiar la situación en el lugar mismo.

Los otros puntos que estaban en mi agenda fueron rápidamente tratados.

Fue mi propósito regresar a Sudamérica a comienzos de febrero para presenciar la primera profesión de nuestro primer novicio Arturo Torrealba Santander el 11 de febrero en Río Cerro en

el Noviciado de la Provincia de Brasil Meridional, después de una corta permanencia en Campiña Grande, donde mi hermano Pedro.

Pero aún vale siempre el adagio: "El hombre propone y el Señor dispone".

El 22 de enero, cuando caminaba desde la iglesia de Scharm- Maastricht a la estación, me doblé el pie derecho y se rompió uno de los huesitos. Con esto estaba condenado de estar enyesado durante más de 6 semanas. Pero el médico no se opuso a que tomara el viaje de regreso después de 4 semanas y que se sacara el yeso después.

Rodeado de cuidados especiales por parte de la K.L.M. por el reverendo con el pie enyesado, me embarqué en el avión y llegué a Recife al día siguiente. Mi hermano Pedro me estaba esperando.

Hacia tiempo habíamos esperado la ocasión de encontrarnos en Sudamérica. Ahora hubo una oportunidad única, porque el centro de trabajo de Pedro quedaba solamente a 200 Kms. de Recife, mientras sus lugares anteriores estaban arriba en la costa del norte.

Solamente 4 días estuvimos juntos, muy corto tiempo, pero tuvimos la gran satisfacción de poder hablar tranquilamente sobre los temas que interesaban más a ambos.

Después de una corta visita a Brasil Meridional, donde encontré al frater Arturo, llegué a Santiago a comienzos de marzo.

MARZO DE 1962 - 24 DE OCTUBRE DE 1962.

Quince días después se cumplió un deseo largamente tenido por nuestro Padre Provincial. Un avión de la K.L.M. lo trajo a Santiago, donde un gran grupo de cohermanos lo recibió cordialmente.

Todos fuimos testigos de la gran actividad que el Padre Provincial tuvo durante las 6 semanas de su permanencia en Chile, cómo en todos los lugares quería convivir algunos días con los cohermanos y ponía todo el tiempo disponible para poder conversar con cada uno.

Durante las conversaciones con los cohermanos le quedó claro, cómo en la Región se pensaba sobre el problema del seminario.

Así llegó ahora también a la conclusión, a la cual en principio había llegado también el Consejo Provincial en Holanda en la reunión del 12 de enero después de mi exposición, sobre las diversas posibilidades de reclutamiento de nuestros candidatos para el sacerdocio.

Cuando el P. Provincial se reunió con los miembros del Consejo Regional a fines de su visita, dio a conocer así su opinión y la confirmaría oficialmente en Holanda en una circular que mandó a toda la región.

Los Superiores Mayores han insistido siempre en la fundación de un seminario menor en Chile. Esto no quiere decir que otras posibilidades para reclutar candidatos no deben ser utilizadas por nosotros. La Congregación está, sin embargo, demasiado corto tiempo en Chile para hacer los contactos necesarios en los ambientes, donde otras Órdenes y Congregaciones sacan con preferencia a sus candidatos.

Por otro lado no es justificado comenzar ahora con una nueva construcción para un seminario menor.

Sin embargo, porque no hay motivos convincentes de dejar los intentos comenzados hace 5 años atrás, se debe buscar la solución en la compra de una casa adonde pueda ser trasladada la escuela apostólica.

Mientras tanto, se ha comprado una sencilla casa con aprobación del Consejo Provincial y General y se ha comenzado con la adaptación del edificio, necesaria para poder responder a la nueva finalidad.

Después del recibo de la anunciada circular del Padre Provincial, de que cada uno recibió una copia, escribí de mi parte una carta a los cohermanos invitando a todos los superiores, párrocos,

directores y a todos los que no estaban impedidos a participar en una reunión para deliberar finalmente todos juntos sobre cómo se podrían realizar mejor las decisiones tomadas con ocasión de la visita canónica.

Se hizo la reunión el 12 de septiembre. Cuando se tocó el tema "Seminario", pedí expresamente la cooperación de todos los cohermanos para la formación de sacerdotes según las líneas del P. Provincial y su Consejo, mientras, para mayor claridad y para evitar malentendidos, agregué que estaba completamente de acuerdo con la decisión tomada por la autoridad.

¿No significa esto un conflicto de conciencia para mí? ¡De ninguna manera! La voluntad del Superior es ahora para mí la voluntad de Dios. Esto es muy claro; no hay para mí ninguna otra cosa que elegir, así que haré todo para servir de la mejor manera la causa de la escuela apostólica en San Bernardo. ¡Esta es mi decisión!

A pesar de mis sinceras intenciones debo a veces vencer los pensamientos de que no se sacará mucho con esto, hasta debo esforzarme a mí mismo para no reprochar al Señor que me ha iluminado tantas veces en esto, y, como pienso, tan claramente.

Felizmente el Señor me ayudó a vencer estas tentaciones. ¡Deo gratias!

La gran dificultad es, ¿cómo conseguir a los candidatos para el seminario menor, a jóvenes de 15 a 16 años?. Todos los participantes en la reunión del 12 de septiembre estaban convencidos de la dificultad. La finalidad del seminario debe, por eso, ser en primer lugar el colegio con formación apostólica, donde se acepte a jóvenes del segundo ciclo de humanidades que tienen el deseo de ser sacerdotes, o por lo menos buscan seriamente un ideal de vida sin excluir el sacerdocio.

Además, el seminario debe ofrecer también la posibilidad de organizar jornadas, especialmente para los jóvenes de nuestros propios colegios y parroquias, de instituciones donde nuestros padres son asesores.

También se debe organizar una propaganda eficaz. Así se llegó también a la decisión de divulgar la espiritualidad y las obras de la Congregación a través de una revista que por el momento aparecerá solamente 3 veces al año y será distribuida gratuitamente especialmente en nuestras obras.

No es de esperar que veamos concretamente al comienzo del próximo año escolar, 1963, los resultados de estas acciones en un respetable número de candidatos. Para esto el tiempo es muy corto. Lo principal es que todos juntos pongamos la base de una posibilidad razonable para buenos candidatos.

¡Podemos esperar que el Señor bendiga nuestros esfuerzos!

Hoy es el 24 de octubre de 1962 el día en que termino la historia de mi vida.

Santiago de Chile, P. J. Smeets SCJ (8).

"Tú has sido para nosotros Señor un refugio a lo largo de la historia" Salmo 90 (89).

(8) El cuaderno fue empaquetado en un papel gris en que el P. Juan puso: Estrictamente personal, destinado para el Rev. Padre General, Roma. Fue dirigido al Padre Joseph De Palma.

También puso en holandés: "Gelieve dit pakje aan de H.E.P General te doen toekomen na mijn dood", por favor entregar este paquetito después de mi muerte al M.R.P. General.

Cuando falleció el P. Juan, era Superior el P. A. Bourgeois.

ANEXO No 1

DE LA CARTA DEL PADRE JUAN SMEETS MANDADA EL 5 DE ABRIL DE 1950 AL PADRE GOVAART.

Y ahora, muy reverendo Padre General, tengo que escribirle algo sobre Argentina: es algo en que estoy pensando mucho durante el último tiempo. En una próxima oportunidad me gustaría explicárselo un poco más, pero ahora te doy las grandes líneas de mi pensamiento. Se trata de lo siguiente.

Después de 12 años de trabajo nosotros los Holandeses hemos conseguido poco en Argentina. Tenemos 4 campos de trabajo solamente y con la mejor voluntad del mundo no alcanzamos a extendernos en las buenas diócesis que nos fueron designadas.

Sin embargo, debemos tratar de conseguir aquí obras, si queremos llegar a ser Provincia. La experiencia enseña que podemos esperar poco en Tucumán. También los seminarios diocesanos y otras Congregaciones lo afirman.

Buenos Aires es una ciudad, una gran ciudad, y no tenemos nada más en Argentina Central. Parece que no avanzaremos nada en el futuro. Además nuestra reputación en Buenos Aires y alrededores no es muy favorable. Todavía se nota. Los Padres Italianos y Españoles son aquí muy estimados en todas partes. Casi todos los Obispos son descendientes de padres italianos o españoles. ¡Nosotros pasamos en Argentina solamente hablando y no avanzamos ningún paso!. Llego siempre más a esta conclusión.

Cuando hacemos la comparación con Chile, allí hemos recibido algunas hermosas obras y se nos ha prometido otras. Allí nuestra Congregación tiene una buena reputación y se espera mucho de nosotros. En Chile se aprecia mucho al clero Europeo no-latino y la diferencia de mentalidad no es tan grande. Me parece que avanzaremos en Chile y podremos llegar a ser Provincia más fácil y más rápidamente que en Argentina. Los Padres que están allí, están todos entusiasmados. Nosotros aquí en Argentina vamos a envidiarlos. ¿No será bueno concentrarse en Chile y dejar Argentina a los Padres Italianos?. Una sola Provincia en Argentina parece también ser mejor, y los Italianos son capaces de formarla. A esta conclusión se llegaría después de las consideraciones anteriores. Nosotros los Holandeses nos retiraremos paulatinamente, a medida que los Italianos tengan personal.

Haremos desde ahora todo para extendernos en Chile y no aceptaremos nada más en Argentina.

Creo que los cohermanos lo apoyarían y estarían de acuerdo. Chile no es el paraíso, falta mucho todavía, especialmente en el Norte; pero el país y el pueblo tienen aspectos positivos. Chile tiene más cultura que Argentina y el pueblo es más religioso. Materialmente es menos que Argentina; PERO ESTO NO PUEDE PESAR TANTO. Les encantaría a los cohermanos poder trabajar en Chile en la extensión de la Congregación y en la fundación de una Provincia.

En Argentina no hemos perdido el entusiasmo; pero ya no es tan fuerte, justamente porque no avanzamos. Y nuestra Congregación no pierde nada: Argentina para los Italianos, Chile para los Holandeses. Ambos países concuerdan con su propio carácter e idiosincrasia, etc. Por lo menos un Holandés puede acostumbrarse mejor en Chile que en Argentina.

Esto es lo que le quería escribir.